

CATEQUESIS SOBRE LA FAMILIA CRISTIANA
Papel del padre y de la madre en la educación de los hijos
San Pedro del Pinatar 25 al 28 de septiembre de 2003

Los años pasados hemos tratado varias veces el tema de la familia a la luz del magisterio. Puesto que el Camino Neocatecumenal en cuanto iniciación cristiana, está centrado sobre la familia, según la Palabra de Dios "Él pasó salvando a nuestras familias" (Ex 12,27), este año trataremos de manera particular el tema de la educación de los hijos y sobre todo de la transmisión de la fe a los hijos. Como siempre, examinaremos estos aspectos de la vida de la familia cristiana, a la luz de la Revelación, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, Madre y Maestra. Antes de entrar en el argumento sobre la educación de los hijos, haré presentes algunos aspectos esenciales de las catequesis de los años pasados, por su referencia directa a la educación de los hijos.

INTRODUCCIÓN

Como introducción traigo aquí una visión sintética de la familia cristiana en el mundo de hoy, expuesta en las Conclusiones del *Congreso teológico-pastoral sobre los hijos*, organizado por el Pontificio Consejo para la familia, en ocasión del III Encuentro Mundial del Santo Padre con las familias, en Roma (11-13 de octubre de 2000):

Vivimos en una época de crecientes y sistemáticos ataques contra la familia

Vivimos en una época de crecientes y sistemáticos ataques contra la **familia y** contra la vida.

En este contexto es necesario, de todas formas, evitar tanto un pesimismo paralizante, como un optimismo ingenuo e irreal. La tendencia a poner en duda la institución familiar, su naturaleza y misión, su fundamento sobre el matrimonio (unión de amor y de vida entre un hombre y una mujer) está, por así decirlo, generalizada en determinados ambientes muy influyentes, mareados por una mentalidad secularizada. Esta tendencia... está presente también en importantes medios de comunicación; cita trastorna la vida económica y profesional de muchos y obstaculiza la percepción de la realidad del matrimonio en nuestros hijos.

La fecundidad ha padecido un desmoronamiento en muchas regiones, especialmente allí donde las riquezas son abundantes. La plaga del divorcio se extiende en países de larga tradición cristiana. El aborto hiere profundamente el alma de los pueblos y las conciencias de las personas. Las "uniones de hecho" constituyen un grave problema social cada día más extendido.

Existe el riesgo de que un tal estado de las cosas lleve a nuestros hijos a dudar de sí mismos y de su futuro, y a contribuir a su desconfianza sobre su capacidad de amar y de asumir las compromisos matrimoniales.

Esta crisis es reveladora de una enfermedad del espíritu que se ha alejado de la verdad y de una antropología errónea; refleja, además, un relativismo y un escepticismo sin precedentes. Esta demuestra que el hombre está tentado a cerrarse a la verdad sobre sí mismo y sobre el amor.

Frente a este riesgo, es necesario... dejarnos guiar por el realismo que brota del Evangelio, y por una profunda confianza en Dios.

Frente a este riesgo, es innecesario ratificar nuestra esperanza en el futuro, dejándonos guiar por el realismo que brota del Evangelio, y por una profunda confianza en Dios, sin esconder la gravedad de los males que amenazan a las jóvenes generaciones. Es precisamente al corazón desilusionado del hombre que deseamos llevar un mensaje de esperanza, dirigiendo nuestro pensamiento a aquellos que construirán el mundo del tercer milenio: nuestros hijos.

Los desafíos contra la figura del Padre y de la Madre

Para comprender la misión que Dios confía a las familias cristianas sobre todo en relación a la transmisión de la fe y a la educación de los hijos, tenemos que tener en cuenta algunos ataques a la familia cristiana presente y en acto en la sociedad en la que vivimos.

Además del divorcio, del aborto, de la eutanasia, de la libertad sexual, de las convivencias, de las parejas de hecho, de las parejas homosexuales: todos ataques a la familia, a estas alturas aceptados y casi todos reconocidos por los Estados, trataremos este año de los **ataques contra el hombre**: marido y padre, y contra la mujer: esposa y madre, y de las consecuencias negativas en la educación de los hijos.

A - La progresiva ausencia del Padre en la familia

En un breve *excursus* histórico vamos a ver algunas de las causas que han contribuido a una progresiva ausencia del padre en la familia.

En el libro "IL Padre, l'assente inaccettabile" Claudio Risè¹, psicoanalista, católico cercano a Don Giussani, escribe:

La revolución francesa

Cuando los revolucionarios franceses, después de haber decapitado en la catedral de Notre Dame las estatuas de los reyes de Judá y de Israel, y haber reventado las tumbas de la abadía de Saint-Denis para recoger el oro de los dientes y de los anillos de los reyes y de los obispos, cortaron quemaron la cabeza de la estatua milagrosa de Notre Dame sous-Terre, en la catedral de Chartres (uno de los mayores símbolos de la espiritualidad cristiana), lo que es llamado proceso de secularización, es decir, la expulsión de la experiencia religiosa de lo o sagrado de la vida cotidiana en Europa, se encontraba ya buen punto. Todas las campanas de la abadía de Mont-Saint-Michel fueron fundidas, y su bronce había sido entregado o al ejército revolucionario para que hiciese armas contra los países que todavía se declaraban católicos

El "proceso de secularización"

Lo "Sagrado", la experiencia religiosa cristiana y sus símbolos, que habían marcado la civilización europea, habían quedado ahora en fuera de juego, por lo menos así lo creían los jacobinos, socialistas y liberales. La vida de l hombre se desarrollaría por fin en el ámbito "secular", mundano, de las cosas y de la materia, sin el estorbo de creencias trascendentes.

Para ambos fenómenos sin embargo, declino del padre y separación de Dios (secularización), el derribo revolucionario de las imágenes sagradas de los reyes de Judá y de Israel no hace sino continuar, aunque acelerándolo dramáticamente, un proceso iniciado mucho tiempo antes.

Lutero, la Reforma y el eclipse del padre

La Reforma, en efecto, ha desempeñado un papel determinante en la promoción de ambos. Rompiendo la unidad de la experiencia humana en Reino de Cristo y reino del mundo y trasladando en el segundo la experiencia del matrimonio, instituto que él considera que pertenezca al orden terreno²,

Lutero seculariza el matrimonio y la familia³.

Según apunta el antropólogo Dieter Lenzen: "Se puede afirmar que la doctrina de Lutero sobre el matrimonio abrió la puerta a la sucesiva estatalización de la

¹ C. Risè. *IL Padre, l'assente inaccettabile* (El Padre, el ausente inaceptable), Ed, San Paolo, 2003, pag. 49 ss.

² **El matrimonio con Lutero "sale del ámbito jurídico del reino espiritual y entra** en el reino del mundo, llegando a

formar parte integrante de su ordenamiento jurídico (J Heckel, *Lex Caritatis*, München 1953).

³ De todas maneras, es interesante que este acontecimiento, tan determinante para la historia del mundo, haya sido realizado a través de una trasgresión a la ley **del Papa-padre espiritual con** la raptora del compromiso asumido, el celibato, para secundar unas pulsiones personales. Más allá de las motivaciones teológicas, el cuadro psicológico es ya el característico de la "revuelta contra el padre".

paternidad⁴. Quita, pues, a la figura del padre aquel reflejo de figura del Padre divino, que le confería enormes responsabilidades, pero de donde derivaba su específico significado en el orden simbólico, trastocado precisamente por la secularización.

Consecuencia de esta afirmación es que el divorcio desde entonces no concierne más a la Iglesia, sino al Estado.

En efecto, dice el reformador: "las cuestiones relativas al matrimonio y al divorcio han de ser dejadas en manos de los juristas y colocadas dentro del orden mundano. Puesto que el matrimonio es algo mundano, exterior, así como lo son la mujer, los hijos, la casa... éste pertenece al orden de la autoridad secular, está sometido a la razón"⁵.

Como observa Lenzen⁶: "Las consecuencias de la doctrina matrimonial de Lutero era el plano jurídico, variamente diferenciadas a escala regional, en algunos casos fueron individuadas sólo después de 250 años o más.

Es todavía con Lutero, que comienza el proceso de transferencia de las responsabilidades de la educación del padre (que a partir de allí se convertirá en una figura de relieve esencialmente económico) a la mujer madre y a la educadora.

Cuatro siglos después de Lutero: la pérdida de la noción de paternidad

Cuatro siglos después, en la mitad del Novecientos, **por el impulso de las sociedades protestantes**, la casi totalidad de sus **papeles educativos** y de juzgar será **confiada a mujeres, y la figura del padre** será a estas alturas físicamente **ausente de la casa** en un relevantísimo número de casos.

Se llegará a ver, entonces, como a la **pérdida de la noción de paternidad** en Occidente se le acompañe la **pérdida** de la transmisión **de la identidad, y, por ende, de la misma masculinidad** a nivel psicológico y simbólico.

A partir de entonces, y con la brusca aceleración sucesiva a las revoluciones burguesas y a la revolución industrial, **el padre** de la modernidad occidental **ya no es el custodio** familiar por cuenta del orden natural y **simbólico divino**, y tampoco es el representante de la Ley del Padre.

Efectivamente, según la observación hecha por el **arzobispo de Milán**, Dionigi Tettamanzi, en su carta pastoral *Familia, ¿dónde estás?*, en los tiempos modernos **la cultura dominante "tiende a desposeer** a la familia de su valor fundamental o, más bien, fundador: **el valor religioso de la relación con Dios**. Mellada por el secularismo del laicismo, la familia se interpreta a sí misma como una realidad exclusivamente humana y totalmente autónoma: la familia, en su mismo ser y vivir, **prescinde de Dios**".

Pero, ¿qué puede ser el padre de semejante familia? Era inevitable que, llegados a este punto, él se convirtiera sencillamente en **un administrador**, un procurador de renta (*provider*), para el núcleo de la familia "restringida" o "pequeña", que sustituye gradualmente a la familia "grande" (Incluyendo aquí a todos aquellos que podían tener necesidad de la familia y de sus sustancias), de la que se encargaba el padre antes de esta reducción.

El fin de la familia "patriarcal", y la secularización del padre coinciden, en efecto, con la afirmación del modelo de "intimidad doméstica" que lleva a la **familia nuclear** actual.

⁴ D. Lenzen, *La ricerca del padre. Del patriarcato agli alimenti*, (En busca del padre. Del patriarcado a los alimentos) Laterza, Bari 1991, pp. 205ss.

⁵ D. Martin Luther, *Werke. Kritische Gesamtausgabe*, vol XXXII, pp. 376ss. Weimar 1883 (cita En Lenzen).

⁶ O. cit., p. 209

Reducción del papel del padre: el que procura la renta a la familia

A partir de la Reforma y durante la modernidad, marcada por la época de las dos revoluciones... la francesa y la industrial, **el padre** se convierte cada vez más en **una figura dominada por motivaciones egoístas y hedonistas**. Sus finalidades son cada vez más práctico -económicas, en el mejor de los casos de gratificación "sexual-sentimental". Se trata de un personaje que se ha **auto-reducido** "secularmente" al mundo de las cosas: del dinero, del sexo y de una afectividad contratada, medida en los objetos, en el dinero y ni sobre otra cosa más.

Además de la Reforma Protestante, de la revolución francesa e industrial, también corrientes y personalidades influyentes han contribuido a la progresiva muerte del padre. Giulia Paola di Nicola y Attilio Danese en el libro *en el seno del padre* escriben:

Influjo de Nietzsche y de Freud

En la historia del pensamiento la revuelta contra el padre ha evidenciado **el paralelismo entre autoridad paterna y autoritarismo institucional y estatal**. Así es para Martín Lutero, que asocia el imperativo de la obediencia a la autoridad paterna y al poder político; para Jean Bodin que, siempre en la estela del concepto de familia como "prototipo de la sociedad política", recalca la analogía entre soberanía paterna y estatal; para Thomas Hobbes, para Jacques-Benigne⁷, Bossuet, autores que remachan **el paralelo entre el absolutismo monárquico y el absolutismo paterno**.

Sobre estas premisas teóricas se basa el **pensamiento nietzchiano de la muerte del padre y de la "muerte de Dios"**, anunciada por el profeta Zaratustra (anuncio opuesto al *kerygma* cristiano). Así que, **cuando Freud** interpreta **la relación padre-hijos** en términos de conflictividad, hasta hablar de la **necesaria occisión del padre**, no hace si no exasperar las premisas culturales precedentes.

En su pensamiento, **el padre primordial**, este prototipo de la figura paterna, es expresión **culmen del despotismo**, que defiende celosamente su poder obstaculizando el bienestar de los hijos. Él es un **legislador injusto y egoísta**, que quiere reservar sólo para sí mismo la "posesión" de la "mujer" (el "placer") e impide a los demás el acceso al mismo.

La ley, el orden social, la moral aparecen como el **baluarte de este egoísmo despótico**.

Un semejante perfil de paternidad... es evidentemente el exacto **contrario del Padre evangélico**.

Despotismo, egoísmo, moralismo, placer, resultan ser, pues, los estímulos principales de la actuación paterna en la cultura del Novecientos y están **en contra de la libertad, la autonomía y la realización de sí mismo**.

La revolución del '68

También después de Freud **la figura del padre opresor** domina la interpretación filosófica, por lo menos hasta la escuela de Francfort, a la que hace referencia la **revolución del '68** cuando se hace evidente como **la muerte del padre** que inevitablemente implica **también a la madre**, significa **la muerte de la familia, del Estado (burgués), de Dios. El poder político y el religioso se consideran como enemigos de la libertad** precisamente en cuanto que son **extensión analógica de la autoridad paterna** (cf. Habermas, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Fromm).

Se siente gravitar **todavía el peso de los prejuicios ideológicos difundidos en el Novecientos, siglo del "parricidio"**: es necesario **"matar al padre"** para poder librarse de los complejos de dependencia, de celos, de subordinación, para **sentirse**

⁷ Sería necesario volver a ver la cultura del Novecientos y no, de la filosofía de la "muerte de Dios" a la teología, a la literatura, para darse cuenta de cómo la figura del padre haya sido puesta bajo sospecha. Para la literatura, piénsese en Rey Lear de Shakespeare, a los escritos de Balzac, Dostoievskij, Kafka, Strindberg, Beckett.

libres de quien nos ha precedido **y**, por consiguiente, del condicionamiento de la memoria histórica⁸.

El '68 ha marcado una verdadera y propia revolución cultural, de la que todavía hoy cargamos con sus consecuencias. Se ponen en discusión las bases que han sostenido la cultura occidental surgida del judeocristianismo. Junto con la pérdida del sentido de Dios y, consecuentemente, del sentido del padre, se pone en discusión sea la autoridad civil como eclesiástica, se proclama la libertad sexual, se exalta la autonomía moral, se des-estructura la familia. Conceptos que han hecho mella en la misma Iglesia, sobre todo en las familias religiosas, en las que ya no se habla de obediencia, si no de diálogo, y en lugar de Superior se habla de *leadership*.

De la familia patriarcal a la familia mononuclear.

Otro fenómeno que sin duda ha influido en la pérdida del padre y también en la crisis de identidad del hombre ha sido **el paso de la familia patriarcal**, típica de la civilización rural, a **la familia mononuclear**, fruto de la civilización industrial, sobre todo del cosmopolitismo.

En la sociedad de tipo patriarcal, la autoridad **del padre** que transmitía a los hijos el arte de su oficio, y los valores familiares se encontraba respetada e **indiscutida**.

La transmisión a las nuevas generaciones estaba favorecida por la presencia de los abuelos, de los tíos, de los primos, de los sobrinos y nietos: un tipo de **familia alargada** en la que los hijos eran ayudados en su desarrollo y donde las nuevas familias hallaban un sostén.

El "*Pater familias*", en general el más anciano, el abuelo o bisabuelo, como también la mujer más anciana gozaban de estima y autoridad.

Sin embargo, no se puede negar que en el seno de la estructura patriarcal había **también unos condicionantes fuertes**, que si a veces salvaban de peligros, otras veces limitaban la libertad de los individuos y de los varios núcleos familiares.

Con la llegada de la sociedad industrial, y sobre todo del éxodo de los campos a las ciudades, las familias patriarcales se desmembraron progresivamente. Las jóvenes parejas y las nuevas familias se hallaron proyectadas **en el anonimato de grandes ciudades**, obligadas a vivir **en pequeños apartamentos** de grandes inmuebles, habitados en general por gente desconocida, y con unos ritmos familiares impuestos por el trabajo, por la escuela y por otros muchos nuevos compromisos.

Típica de este periodo es la frase: "no quiero que acabes como tu padre, trabajando y fatigándote para ganar poco... Te daremos una instrucción aunque te cueste muchos sacrificios, mañana tendrás una posición mejor, más rentable y respetada".

En la ciudad el **padre ya no transmite el arte del oficio al hijo**, más bien es el hijo que muchas veces enseña al padre a desenvolverse en la sociedad moderna. **La familia se encuentra normalmente sola**, aislada en un piso. Los conflictos inevitables de la convivencia se agudizan y la pequeña familia ya no encuentra el apoyo directo e inmediato de la familia más grande, el parentesco, o el pueblo.

Ciertamente la pareja adquiere más libertad, se siente menos condicionada por la familia alargada y por la sociedad, pero se halla más débil frente a los desafíos del nuevo tipo de sociedad.

Es también por eso que se **multiplican los fracasos matrimoniales**, aumentan los divorcios y las convivencias libres, se aprueba el aborto, los abuelos y los tíos ingresan en los asilos...

Los hijos se sienten libres de seguir su propio camino, no les apetece obedecer a personas que no están preparadas a transmitirles unos valores que les ayuden a hacer frente a la modernidad y por eso reclaman el derecho de conducir su propia vida.

Delante de esta situación **los padres se ven desprevenidos y carentes en la educación de los**

⁸ G. P. Di Nicola - A. Danese, Nel grembo *del padre*. Effatá Editrice, 1999

hijos, que forman parte de una generación que ellos no han conocido y que se les hace cuesta arriba comprender.

La educación familiar entra en crisis: el padre por razones de trabajo está cada vez más ausente, también muchas madres encuentran un trabajo, muchos hijos se hallan solos frente a un mundo lleno de peligros. La actitud de muchos padres es la de secundar en todo a sus hijos: crece una generación de hijos debilitados, no preparados para el sufrimiento, incapaces de sufrir, hijos que tienen miedo a entablar una relación seria con una chica y a casarse, se desliza la edad de los matrimonios, muchos hijos, aun reconociendo las limitaciones, prefieren quedarse en la casa de sus padres, donde encuentran alimento, un refugio para vivir. Aumentan los homosexuales y crece la impotencia masculina⁹, mientras que las chicas son cada vez más seguras y agresivas.

B - El feminismo exasperado

Como consecuencia de la pérdida del padre y del fenómeno de las reivindicaciones del movimiento feminista del que hablaremos ahora, aparece una familia dominada por la figura materna, no equilibrada por la presencia del padre y, por consiguiente, con desviaciones psicológicas graves sobre los hijos.

Para nosotros es necesario tener presentes estos factores, descritos aquí de manera necesariamente sintética y sumaria, porque constituyen la mentalidad cada vez más difundida sobre todo por los medios de comunicación social, pero también en los ambientes de la sociedad, del trabajo y de la escuela, y que, inevitablemente, atacan el concepto de familia cristiana y penetran también en nosotros, en nuestras familias sin que nos demos cuenta, y amenazan la estabilidad de la familia cristiana.

En su libro *El eclipse del padre*, Mons. Cordes escribe al respecto:

La revolución feminista se dio con mayor firmeza sobre todo en Estados Unidos

Desde la mitad del siglo pasado, el hombre y padre inseguro ha sido duramente hostigado. Las mujeres comenzaron su auto liberación de la prisión en la que habían sido recluidas, mediante los medios de comunicación, la propaganda, la cultura popular y también la voluntad de poder masculina. Nadie puede negar que las mujeres tuvieron razones para rebelarse contra su condición de Cenicienta.

La rebelión se dio con mayor firmeza en Estados Unidos. Como otras revoluciones, también la de los derechos de la mujer se dio en varias oleadas. En el siglo XIX, las abanderadas femeninas del movimiento de liberación de los esclavos afro americanos lucharon en favor del derecho de la mujer al sufragio universal.

Contra la explotación económica de las mujeres

La resistencia femenina de los años 60 y 70 del siglo XX se dirigió a despertar la conciencia de su discriminación en un sector completamente distinto, el de la explotación económica.

Naturalmente, también esta «segunda oleada» dio la batalla *en* torno al bloque **gobierno-religión-empleo**, y puso de manifiesto la minusvaloración que las mujeres padecían en el trabajo, en la escuela, *en* la medicina y en el arte.

Contra la explotación comercial de la mujer

Pero el **punto de salida** del feminismo de posguerra es la obra «*The Feminine Mystique*» de Betty Friedan, de 1963, una fuerte **denuncia contra la degradación comercializada de la mujer**. En un mundo dominado por el consumo **las mujeres estaban doblemente maltratadas como objeto sexual y como compradoras y vendedoras de objetos** " Las

⁹ "Casi el 40% de los varones blancos, en Occidente. no está en condiciones de fecundar" (C. Risè, O. e., p. 104).

tesis militantes encontraron arraigo en la parte *femenina* de la población norteamericana: «La publicidad es *una* máquina de propaganda insidiosa en favor de una sociedad con predominio absoluto de los varones» (Lucy Komisar, 1971). Con dichas frases se expresaba, *en* los años 70, que *ella* **estaba controlada y despersonalizada por él**.

Ciertamente, **mientras tanto**, los ataques del feminismo fueron dando **sus frutos** para las mujeres y produjeron efectos tangibles en la relación entre los sexos; con el pasar de los años, la tensión en el ámbito social y público se ha reducido considerablemente. No obstante el paisaje social se ha visto afectado por la avalancha de cambios introducidos por el feminismo: **se ha dado la vuelta a todo lo antiguo de arriba abajo** y se han generado **novedades** en modo confuso.

Presencia cada vez más activa de las mujeres en cada campo de la vida social

En América las mujeres *han* vivido el último decenio como un tiempo de triunfo. Miles y miles de mujeres desfilaron por las avenidas de las grandes ciudades embargadas y entusiasmadas por sentimientos fraternos descubiertos por vez primera. Incluso sin pertenecer al movimiento de liberación, la mayoría de ellas sienten que el viento les es favorable, **sienten el entusiasmo de un nuevo amanecer y de un nuevo inicio...** Ciertamente, **la ganancia de esta lucha** fue, en realidad, **escasa en la mayoría de las profesiones y en la vida pública**.

Muchos hombres se retiran cada vez más

Sino embargo, a **muchos hombres** les pareció que eso les obligaba a "**retirarse**", tanto del mundo laboral como del de **la propia casa** donde las mujeres les obligaban a **revisar también el comportamiento más íntimo de su vida personal**.

El rol masculino tradicional se ha convertido **en algo incierto**¹⁰.

El Papa Juan Pablo II, que en la *Mulieris Dignitatem* desea vivamente **la manifestación de aquel "genio"** de la **mujer** que asegure la **sensibilidad para el hombre** en un mundo cada vez más dominado por los éxitos de la ciencia y de la técnica y cada vez más insensible hacia la vida y hacia el hombre, apela también a las mujeres cristianas, cuyo modelo es la Virgen María, a que **no se dejen arrastrar por modelos propuestos por movimientos feministas extremistas**.

En nuestro tiempo la cuestión de los «derechos de la mujer» ha adquirido un nuevo significado en el vasto contexto de los derechos de la persona humana. Iluminando este programa, declarado constantemente y recordado de diversos modos, **el mensaje bíblico y evangélico custodia la verdad sobre la «unidad» de los «dos»**, es decir, sobre aquella dignidad y vocación que resultan de la diversidad específica y de la originalidad personal del hombre y de la mujer.

Por tanto, también **la justa oposición de la mujer** frente a lo que expresan las palabras bíblicas «el te dominará» (Gén 3, 16) **no puede de ninguna manera conducir a la «masculinización»** de las mujeres. La mujer -en nombre de la liberación del «dominio» del hombre- no puede tender a **apropiarse de las características masculinas**, en **contra de su propia «originalidad»** femenina.

Existe el fundado temor de que por este camino la mujer no llegará a «realizarse» y podría, en cambio, deformar y perder lo que constituye su riqueza esencial, (*Mulieris Dignitatem*, 10)

C - La discusión sobre los géneros: una cultura andrógina cada vez más difundida

Sabemos que en los últimos encuentros mundiales sobre la Mujer en El Cairo y en Pequín, se ha puesto en discusión la tradicional distinción del género: hombre o mujer¹¹. Tras el empuje de

¹⁰ P. J. Cordes, *El eclipse del padre*, Ediciones Palabra, 2003.

¹¹ **La delegación Vaticana** en el cuarto Congreso Mundial sobre la Mujer en Pekín, en 1995, volviendo a su posición manifestada de antemano en el precedente encuentro de El Cairo, en un documento oficial hace presente la posición de la Iglesia al respecto. El término "género" es entendido por la Santa Sede como derivado

movimientos extremistas tanto feministas como homosexuales y grupos de presión anti-natalidad, se quiere que sean aceptados como jurídicamente reconocidos cinco géneros: hombre, mujer, homosexual, lesbiana, heterosexual. Traigo aquí lo que escribe al respecto Mons. Angelo Scola, actual Patriarca de Venecia en un libro suyo:

"universalismo científico y politeísmo neo -pagano explican la extrema facilidad con que *una cultura andrógina* se difunde cada vez más.

Según esta cultura la diferencia sexual no es, como afirma la psicología del profundo, insuperable e in-deducible. Al contrario, llegará (y no tardará mucho) el día en el que cada hombre podrá elegir según su gusto su propio sexo ó pasar en el arco de la misma existencia de un sexo a otro. Las "*biotecnologías*" harán todo eso técnicamente posible... y en la ausencia total de valores de referencia desde el politeísmo neo-pagano, tenderá a transformar lo que "tú puedes" en lo que "tú debes".

El androginismo no es solamente la delirante búsqueda de la utopía de una autosuficiencia sexual que se basta a sí misma, si no que. . . se revela como la negación misma de la auto-donación fecunda

Así que el androginismo... tiende a pervertir los tres aspectos del misterio nupcial (diferencia sexual, don de sí, fecundidad)... (propalando) un "erotismo difusivo".

La revolución sexual ha acercado al nivel de las masas una práctica de la sexualidad que entremezcla elementos liberales y elementos románticos.

El otro, su cuerpo, es reducido a una pura maquina que permita el acceso al fuego del placer. Sobre todo la mujer, en su ser símbolo eminente del Otro, es anulada. La afección... es tratada como una enfermedad mortal contra la cual no hay ninguna defensa. El resultado es una des-construcción radical de la esfera del amor y un demudamiento del misterio nupcial"¹².

A estos desafíos las familias cristianas están llamadas a responder mediante el testimonio de vida a la luz de la Revelación.

PARTE I EL MATRIMONIO EN EL DESIGNIO DE DIOS

Para la educación de los hijos la condición más importante es la comunión de los padres.

Estamos todos de acuerdo, y lo sabemos por experiencia, que la condición principal para una auténtica educación de los hijos y para la transmisión de la fe, es la comunión **entre los padres: marido y mujer.**

Es por esta razón que **mencionaré algunos aspectos** tratados en años anteriores sobre el matrimonio, sobre **la teología del cuerpo desarrollada por el Papa Juan Pablo II**, que nos ayuden a comprender mejor la **vocación y la misión** específica de la vida matrimonial, porque viviendo el matrimonio según el diseño de Dios se descubre mejor el papel del padre y de la madre en la educación de los hijos.

de la identidad biológica sexual, varón o hembra. Algunos términos en el documento son a menudo definidos vagamente: "orientación **sexual**" y "estilo **de vida**" **no** tienen una definición precisa, y además, no existe ningún reconocimiento jurídico para estos términos en documentos internacionales. Esta ambigüedad semántica y conceptual podría conducir a considerar, por ejemplo, la pedofilia como una forma de "orientación sexual". El término "orientación sexual", propuesto por algunos países occidentales, no ha sido aceptado por países en subdesarrollados

¹² A. Seola, Uomo e donna *oggi*, en R. Bobetti, La *reciprocità uomo -donna, vita di spiritualità coniugale e familiare*, Editrice Città Nuova, 2001.

El hombre está llamado "desde el principio" a la comunión con Dios y con el prójimo.

El hombre, en cuanto imagen de Dios, ha sido creado para amar: Esta verdad ha sido revelada plenamente en el Nuevo Testamento, junto con el misterio de la vida intratrinitaria: "Dios es amor" (1 Jn 4,8) y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor.

Creándola a su imagen... Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, consiguientemente, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano.

Todo el sentido de la propia libertad, y del autodomínio consiguiente, está orientado al don de sí en la comunión y en la amistad con Dios y con los demás (S. h. 8)¹³.

La vocación al matrimonio se inscribe en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador, **CEC 1603**

Habiéndolos creado Dios hombre y mujer, el amor mutuo entre ellos convierte en imagen del amor absoluto e indefectible con que Dios ama al hombre. Este amor es bueno, muy bueno, a los ojos del Creador. Y este amor que Dios bendice es destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación. (Gn I, 28): "Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" **CEC 1604**.

La Sagrada Escritura afirma que el hombre y la mujer fueron creados el uno para el otro: "No es bueno que el hombre esté solo". La mujer, "carne de su carne", su igual, la creatura más semejante al hombre mismo, le es dada por Dios como un "auxilio", representando así a Dios que es nuestro "auxilio". "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne" (Gn 2, 24). Que esto significa una unión indefectible de sus dos vidas, el Señor mismo lo muestra recordando cuál fue "en el principio", el plan del Creador: "De manera que ya no son dos sino una sola carne" (Mt 19, 6). **CEC 1605**

Mediante su recíproca donación personal los esposos tienden a la comunión... en la generación y en la educación de nuevas vidas.

El matrimonio no es, por tanto, efecto de la casualidad o producto de la evolución de fuerzas naturales inconscientes; es una sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor. Los esposos, mediante su recíproca donación personal, propia y exclusiva de ellos, tienden a la comunión de sus seres en orden a un mutuo perfeccionamiento personal, para colaborar con Dios en la generación y en la educación de nuevas vidas. En los bautizados el matrimonio reviste además, la dignidad de signo sacramental de la gracia, en cuanto representa la unión de Cristo y de la Iglesia. (S. h. 28).

Para comprender mejor esta vocación al mutuo don de sí inscrito por el mismo Dios en la estructura sexual del varón y de la mujer, el Papa Juan Pablo en las Catequesis sobre la teología del Cuerpo (1979-1984) en las Audiencias de los miércoles profundizó y explicó el sentido del ser varón (hombre, masculinidad) y del ser hembra (mujer, feminidad).

Con esta enseñanza el Papa, a la luz de la Revelación y de la Tradición, arroja una luz en medio de la confusión que se ha creado en la sociedad por lo que concierne la visión antropológica del hombre y de la **mujer y sus papeles en matrimonio y en la familia.**

Asumir su propia masculinidad o feminidad

¹³ La sigla "S. h" de las citas siguientes se refiere a un Documento del Pontificio Consejo para la Familia: *Sexualidad humana: verdad y significado*, Ediciones Palabra, 1996 (hay ediciones posteriores), que ya presentamos en la Convivencia de los Catequistas de principio de curso de 1997, y que constituye un óptimo documento de referencia para la educación sexual y afectiva de los hijos

El Papa en estas catequesis ahonda en estos aspectos, porque, según veremos más adelante, la confusión creada en el mundo de hoy sobre la identidad del sexo y, por consiguiente, del papel del padre y de la **madre**, exige hoy más que nunca a los cristianos el asumir su propia sexualidad como querida en el designio de Dios sobre la familia, imagen de la comunión trinitaria.

El cuerpo, que expresa la feminidad "para" la masculinidad, y viceversa, la masculinidad "para" la feminidad, manifiesta la reciprocidad y la comunión de las personas. La expresa a través del don como característica fundamental de la existencia personal.

Este es el cuerpo: testigo de la creación como de un don fundamental, testigo, pues, del Amor como fuente de la que nació este mismo donar. La masculinidad feminidad - esto es, el sexo - es el signo originario de una donación creadora y de una trama de conciencia por parte del hombre, varón-mujer, de un don vivido, por así decirlo, de modo originario. Este es el significado con que el sexo entra en la teología del cuerpo. (Discurso XIV, n 4, *Varón y mujer lo creó* 75).

El Creador ha asignado como tarea al hombre el cuerpo, su masculinidad y feminidad

Reconociendo esta originaria destinación se puede afirmar que "el Creador ha asignado como tarea al hombre el cuerpo, su masculinidad y feminidad y que en la masculinidad y feminidad le ha asignado, en cierto modo, como tarea su humanidad, la dignidad de la persona y también el signo transparente de la "comunión" interpersonal, en la que el hombre se realiza a sí mismo a través del auténtico don de sí. (Discurso LIX, n. 2, I **Varón y mujer lo creó**, 235).

Para cada cristiano todo es un don gratuito: es don la vida recibida de Dios por medio de los padres, es don el cuerpo, es don la sexualidad: y se siente llamado a responder a estos dones donando a sí mismo a Dios, a los padres, a los demás.

La llamada a la comunión inscrita en la sexualidad ha sido trastocada **por el pecado original**, con consecuencias negativas en la relación entre hombre y mujer.

El pecado: ruptura con Dios, ruptura y oposición entre hombre y mujer.

Cometiendo el pecado el hombre rechaza este don y a la vez quiere llegar a ser "como Dios, conociendo el bien y el mal" (Gn 3,5), decidiendo lo que es bien y lo que es mal independientemente de Dios, su Creador.

El pecado de los orígenes tiene su medida humana, su metro interior en la libre voluntad del hombre y conlleva en sí una cierta característica "diabólica", como releva claramente el libro del Génesis (3, 1-5). El pecado actúa la ruptura de la unidad originaria de la que el hombre gozaba en el estado de justicia original: la unión con Dios como fuente de la unidad dentro del propio "yo", en la mutua relación del hombre y de la mujer' (comunión de personas) y, finalmente, respecto al mundo exterior, a la naturaleza¹⁴.

Las consecuencias del pecado: "él te dominará". El dominio sustituye el vivir "para" el otro.

La descripción bíblica del Libro del Génesis delinca la verdad acerca de las consecuencias del pecado del hombre, así como indica igualmente la alteración de aquella originaria relación entre el hombre y la mujer, que corresponde a la dignidad personal de cada uno de ellos. Por tanto, cuando leemos en la descripción bíblica las palabras dirigidas a la mujer: «Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará» (Gén 3, 16), descubrimos una ruptura y una constante amenaza precisamente en relación a esta «unidad de los dos», que corresponde a la dignidad de la imagen y de la semejanza de Dios en ambos. Pero esta amenaza es más grave para la mujer.

¹⁴ Estas palabras encuentran su confirmación de generación en generación. Ellas no significan que la imagen y la **semejanza de Dios en el ser humano sea mujer** que varón, haya sido destruida por el pecado; significan, más bien, que ha sido "**ofuscada**" y, de alguna manera, "disminuida". (cf. *Libertatis Conscientiae*).

En efecto, al ser un don sincero y, por consiguiente, el dominio sustituye el vivir «para» el otro: «él te dominará».

La unión matrimonial exige el respeto y el perfeccionamiento de la verdadera subjetividad personal de ambos.

La mujer no puede convertirse en «objeto» de «dominio» y de «posesión» masculina. Las palabras del texto bíblico se refieren directamente al pecado original y a sus consecuencias permanentes en el hombre y en la mujer.

Ellos, cargados con la pecaminosidad hereditaria, llevan consigo el constante «aguijón del pecado», es decir, la tendencia a quebrantar aquel orden moral *que* corresponde a la misma naturaleza racional y a la dignidad del hombre como persona. Esta tendencia se expresa en la triple concupiscencia que el texto apostólico precisa como concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida (Cf. In 2, 16). (*Mulieris Dignitatem*, 10).

Es muy importante tener siempre presente esta luz que nos viene de la revelación, **para saber "discernir" la verdadera causa de los** conflictos de la vida conyugal y familiar¹⁵.

Todos los conflictos, en efecto, pueden nacer entre marido y mujer, por ejemplo, la rivalidad, y se pueden manifestar de muchas formas también en la relación conyugal, como asimismo los conflictos de los padres con los hijos, de los hijos con los padres y sus hermanos, o con los suegros, los yernos, las nueras: tienen su origen en el pecado que habita en nosotros¹⁶.

Aunque el pecado original haya sido perdonado por el Bautismo, queda siempre la tendencia al pecado¹⁷ explicitada en los siete vicios capitales. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el no tener presente la realidad del pecado original es causa de valoraciones erróneas en el campo familiar y social, algo que conlleva graves consecuencias¹⁸.

En Jesucristo la contraposición entre hombre y mujer es esencialmente superada

En el comienzo de la Nueva Alianza, que debe ser eterna e irrevocable, está la mujer: la Virgen de Nazaret. Se trata de una señal indicativa que "en Jesucristo" "no hay ni hombre ni mujer" (Gal 3,28). En él la mutua contraposición entre hombre y mujer - como legado del pecado original - es esencialmente superada. "Vosotros sois uno en Cristo Jesús", escribe el apóstol (Gal 3,28).

Las palabras paulinas comprueban que el misterio de la redención del hombre en Jesucristo, hijo de María, re-toma y renueva lo que en el misterio de la creación correspondía al eterno designio de Dios Creador.

La redención restituye, de algún modo, a su misma raíz el bien que fue esencialmente "disminuido" por el pecado y por su legado en la historia del hombre¹⁹.

Los sacramentos injertan la santidad: penetran el alma y el cuerpo, la feminidad y la masculinidad del sujeto personal.

"Gran misterio es este lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia En todo caso, en cuanto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a si mismo; y la mujer, que respete al marido" (Ef. 5,32-33)

¹⁵ ". Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre, Porque de dentro, del **corazón de los hombres, salen** las intenciones malas; fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libtinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre." (Mc 7, 20-23)

¹⁶ "Habiéndose convertido en el centro de si mismo, **el hombre pecador tiende a autoafirmarse** y a satisfacer su anhelo del infinito, sirviéndose (le las **cosas: riquezas, poderes** y placeres, sin preocuparse de los otros hombres i los que injustamente expolia y trata como si fueran objetos o instrumentos. Así, por su parte, contribuye a crear aquellas estructuras de explotación y de esclavitud, a las que, además, pretende denunciar" (*Libertatis Conscientiae*, n 42).

¹⁷ "En el bautizado permanecen ciertas consecuencias temporales del pecado... así como una inclinación al pecado que la Tradición llama concupiscencia, o "fomes peccati" **CEC 1264**

¹⁸ "Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres". CEC 407

¹⁹ Sin embargo, el orden de la Creación subsiste aunque gravemente perturbado. Para sanar las **heridas del pecado**, el hombre y la mujer necesitan la ayuda de la gracia que Dios, en su misericordia infinita, jamás les ha negado. 106 Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó "al comienzo". **CEC 1608**.

Los sacramentos injertan la santidad en el terreno de la humanidad del hombre: penetran el alma y el cuerpo, la femineidad y la masculinidad del sujeto personal, con la fuerza de la santidad. La liturgia, la lengua litúrgica, eleva el pacto conyugal del hombre y de la mujer, basado en el "lenguaje del cuerpo" releído a partir de la verdad²⁰.

El sacramento presupone la "teología del cuerpo", es un "signo visible" de una realidad invisible.

... El Sacramento o la sacramentalidad - en el sentido más general de este término - se encuentra con el cuerpo y presupone la "teología del cuerpo".

El sacramento, en efecto, según el significado generalmente conocido, es *un* "signo visible".

El "cuerpo" significa también lo que es visible, significa la "visibilidad" del mundo y del hombre. De alguna manera, pues, aunque en sentido más general, el cuerpo entra en la definición del sacramento, siendo el mismo "signo visible de una realidad invisible", es decir, de la realidad espiritual, trascendente, divina.

En este signo - y mediante este signo - Dios se dona al hombre en su trascendente verdad y en su amor. El sacramento es signo de la gracia y es un signo eficaz (miércoles, 28 de julio de 1982).

Subrayo esta afirmación repetida más veces por el Papa, como también invito a los esposos a recuperar la dimensión divina del acto conyugal.

En efecto dice el Papa: en este signo (el acto conyugal) - y mediante este signo - Dios se dona al hombre en su trascendente verdad y en su amor. Por eso invita a los esposos a librarse de los elementos maniqueos, que han distorsionado la visión de la sexualidad, presentándola como algo que está sucio, algo negativo, como un mal necesario, creando traumas de varia índole (cerrazón al acto, sentimiento de culpabilidad, de pecado tolerado, etc.) e impidiendo una visión positiva de la unión conyugal como vehículo de transmisión de la gracia divina a los esposos.

"Es necesario reconocer la lógica de este texto, que libera radicalmente nuestro modo de pensar de los elementos del maniqueísmo o de una consideración no personalista del cuerpo y *a* mismo tiempo acerca el "lenguaje del cuerpo", encerrado en el signo sacramental del matrimonio, a la dimensión de la santidad real".

Explicando la analogía del amor de Cristo por la Iglesia con la unión sacramental del hombre con la mujer, el Papa enseña:

Cristo verdadero hombre, varón, es el esposo: paradigma del amor de los hombres-varones

"Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin *que* tenga mancha y arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo...

²⁰ La palabra hebrea para el matrimonio es "qiddushin", es decir, santificación.

"Sobre todo el estudio del Rito caldeo, pero en general la estructura de los rituales orientales y occidentales nos ayuda a comprender que en la base de los rituales cristianos se coloca el antiguo ritual **hebraico** en toda su estructura y en sus contenidos, releídos a la luz de Cristo: bendición para el noviazgo, las nupcias, la bendición del tálamo nupcial; esta última bendición duró hasta el siglo XIII en la Iglesia Occidental.

"Acérquese el Presbítero y bendiga el tálamo diciendo: bendice, oh Señor, este tálamo y a cuantos habitan en ello para que puedan quedar en tu paz, estén firmes en tu voluntad, vivan, envejezcan y se multipliquen durante sus días. Después bendice a los esposos diciendo: que Dios bendiga vuestros cuerpos y vuestras almas y derrame sobre vosotros su bendición como bendijo a Abraham, a Isaac y a Jacob. La mano del Señor esté sobre vosotros, envíe su Ángel Santo, que os custodie todos los días de vuestra vida. Amén." (Documentos de la antigua liturgia occidental para el rito del matrimonio, en Lamberto Crociati, o. c., p. 232-242.)

Cristo es el esposo. En esto se expresa la verdad sobre el amor de Dios que "nos amó primero" (I Jn. 4,19) y que con el don generado por este amor sponsal hacía el hombre ha superado todas las expectativas humanas. "Amó hasta el final" (Jn 13,1).

El esposo - el Hijo consustancial al Padre en cuanto Dios - se ha convertido en hijo de María, "hijo del hombre", verdadero hombre, varón. El símbolo del esposo es de género masculino.

En este símbolo masculino está representado el carácter humano del amor con el que Dios ha expresado su amor divino para Israel, para la Iglesia, para todos los hombres.

Precisamente porque el amor divino de Cristo es amor de esposo, este es el paradigma y el prototipo de todo amor humano, en particular del amor de los hombres-varones.

Cada persona presenta en sí misma unas características masculinas y femeninas.

Esta analogía entre Cristo esposo y el hombre, subraya el Papa, no contradice el hecho de que cada persona presente en sí misma unas características masculinas y femeninas. En efecto, en cuanto miembros del Cuerpo de Cristo, entre los cuales destaca por encima de todos la Virgen María, la mujer, todos, también los varones, están llamados a tener una actitud de receptividad y de respuesta generosa al amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, por otro lado, todos, también las mujeres, están llamadas al don de sí mismas a Dios y a los demás.

En el ámbito del "grande misterio" de Cristo y de la Iglesia, todos están llamados a responder - como una esposa- con el don de su vida al don inefable del amor de Cristo, que solo, como redentor del Mundo, es el esposo de la Iglesia. En el "sacerdocio real", que es universal se expresa al mismo tiempo el don de la esposa.

La mujer es la esposa: es ella la que recibe el amor, para poder amar a su vez.

En el fundamento del designio eterno de Dios, la mujer es aquella en la que el orden del amor en el mundo creado de las personas encuentra un terreno para su primera raíz.

El orden del amor pertenece a la vida íntima de Dios mismo, a la vida trinitaria. En la vida íntima de Dios, el Espíritu Santo es la personal hipóstasis del amor. Mediante el Espíritu, don creado, en amor se convierte en un don para las personas creadas. El amor, que viene de Dios, se comunica a las criaturas: "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm. 5,5).

La llamada a la existencia de la mujer al lado del hombre ("una ayuda adecuada"; Gn 2,18) en la unidad de los dos, ofrece en el mundo visible de las criaturas unas condiciones particulares a fin de **que "el amor de Dios se ha derramado en los corazones"** de los seres creados a su **imagen**.

Si el autor de la carta a los Efesios llama a Cristo esposo y a la Iglesia esposa, confirma indirectamente, a través de tal analogía, la verdad sobre la mujer como esposa.

El esposo es aquel que ama. La esposa es amada: es ella la que recibe el amor, para poder amar a su vez.

Cuando dijimos **que la mujer es la que recibe el amor para poder amar a su vez, no entendemos solamente o antes que nada la específica relación sponsal del matrimonio.**

Entendemos algo más universal, fundido en el hecho mismo de ser mujer en el conjunto de las relaciones interpersonales, que, de las formas más variadas, estructuran la convivencia y la colaboración entre las personas, hombres y mujeres. En este contexto, amplió y diversificado, la mujer representa un valor particular como persona humana y, al mismo tiempo, como esa persona concreta, por el hecho de su feminidad. Esto concierne a todas las mujeres y a cada una de ellas, independientemente del contexto cultural en la que cada una se encuentra y de sus características espirituales, psíquicas y corporales, como la edad, la instrucción, la salud, el trabajo, el ser casada o soltera.

Asunción de la unidad en la diversidad: masculinidad y feminidad

El Papa, tanto en la carta *Mulieris Dignitatem*, como en la teología del cuerpo, acentúa la urgencia de recuperar la masculinidad y la feminidad: puesto que Dios creó al hombre a su imagen: varón y hembra los creó.

En la estructura sexual diferenciada está inscrita, pues, la llamada a la comunión, a la formación de la familia, un amor fecundo: sacramento visible de la Santísima Trinidad.

Pero, para que un matrimonio sea verdadero, y pueda constituir la base de una auténtica educación de los hijos, está llamado a asumir la unidad: ("Por eso el hombre dejará la casa de su padre y de su madre y se unirá a su mujer y los dos formarán una sola carne") en el respeto de la dualidad, o de la diversidad sexual, la masculinidad y la feminidad. Una auténtica unión y armonía conyugal depende, casi al cien por cien de esta asunción y este respeto. La repercusión sobre los hijos y sobre su educación depende fundamentalmente de la armonía, del amor de la mujer y del marido: amor en la libertad de ser cada uno sí mismo.

El amor excluye todo tipo de sumisión, según la cual la mujer llegaría a ser sierva o esclava del marido, objeto de sumisión unilateral.

El amor permite que también el marido esté al mismo tiempo sometido a la mujer, y sometido en esto al Señor mismo, así como la mujer sí marido. La comunidad que ellos deben constituir con motivo del matrimonio, se realiza a través de una recíproca donación, que es también una sumisión mutua. Cristo es la fuente y al mismo tiempo el modelo de tal sumisión que, siendo mutua " en el temor de Cristo", confiere a **la unión conyugal un carácter profundo y maduro.**

La categoría introducida por Marx de la lucha de clases, que contraponía los dueños a los obreros, según decía el Papa León XIII es una categoría falsa, que no tiene en cuenta la realidad de la diversidad de, dones que Dios da a los unos y a los otros, no para luchar uno contra el otro, sino para complementarse, para ayudarse recíprocamente²¹.

Esta categoría ha entrado también en la relación de los dos sexos: el sentido de lucha por la afirmación de sus propios derechos. Aunque empezó empujada por algunos aspectos verdaderos, ha llevado a una contraposición de los sexos cada vez más acentuada, y la lucha por los justos derechos se ha convertido en una lucha exasperada para la igualdad de derechos, que no tiene en cuenta la diversidad inscrita por el mismo Dios en la naturaleza del hombre y la mujer.

Pero, así como por la lucha de clases, también en la lucha por los derechos de los sexos, a la luz de la Revelación, sabemos que la verdadera causa del conflicto radica en el pecado. El pecado es lo que divide y **contrapone, no sólo a los sexos, sino también el hombre al hombre, la mujer a la mujer, y los pueblos entre sí.**

Jesucristo vino a abatir el muro de separación, la enemistad, y a hacer de los dos un solo pueblo.

El pecado es lo que divide y contrapone

Es importante tener siempre presente esta verdad para **saber deshacer las trampas "los engaños del demonio"**, que siempre nos engaña con sofismas, en apariencia racionales y buenos y que sin embargo, por los frutos de muerte, se reconocen que provienen del mismo demonio.

El sentido del "Debitum Coniugale"²²: importancia de la relación conyugal.

²¹ "En la presente cuestión, el escándalo mayor es este: suponer una clase social como enemiga natural de la otra; como si la naturaleza hubiese hecho a los ricos y a los proletarios para entablar entre sí un duelo implacable; algo que es tan contrario a la razón y a la verdad Sin embargo está clarísimo que, como en el cuerpo humano varios miembros son compatibles juntos y forman aquel armónico temperamento que se llama simetría, así la naturaleza quiso que en el consorcio civil se armonizaran entre ellas las dos clases, y de eso resultase el equilibrio. La una tiene necesidad absoluta de la otra: ni el capital puede existir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital. La concordia permite la belleza y el orden de las cosas, mientras que un perpetuo conflicto no puede sino engendrar confusión y barbarie. Ahora bien, para recomponer la disensión, y desarraigada con firmeza, el cristianismo tiene la riqueza de una fuerza maravillosa "(*Rerum Novarum*, n. 15).

²² "Débito conyugal, es decir la obligación que corresponde al derecho conyugal, los cónyuges deben prestar esta mutua acción por el contrato matrimonial. En efecto, al no tener el hombre la potestad sobre su cuerpo sino su mujer, y viceversa, deriva que cada cónyuge está sujeto a ofrecer su cuerpo a petición del otro. De ahí el débito de la donación a la petición. No obstante: "el derecho y el oficio concerniente al débito conyugal, del que habla el Canon III I , no es una acción *obnoxium*, perteneciente al fuero interno (F. Cappello, *Tractatus Canonico-Moralis de Sacramentis*, Vol. V, De *Matrimonio*, Marietti 1950, págs. 791-792).

En el contexto de las Catequesis sobre la teología del cuerpo el Papa insiste sobre el valor sacramental del acto conyugal:

Que el marido dé a su mujer lo *que* debe y la mujer de igual modo a su marido. No **dispone la mujer de su cuerpo, sino el marido. Igualmente**, el marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer. (1 Cor 7, 3-4)

Lo que un tiempo se presentaba como el "*Debitum Coniugale* ", es decir la actuación del mandato que el cuerpo de la mujer pertenece al marido y viceversa, y que ha llevado a menudo en el pasado a abusos sobre todo por parte del hombre sobre la mujer, y por consiguiente a una visión a menudo del acto conyugal por parte de la mujer, como un mal que había que soportar y en lo posible evitar, subrayaba por otra parte la indicación de la Iglesia que para una serena vida matrimonial es importante el acto conyugal.

Ciertamente, también gracias a algunas conquistas del movimiento feminista, percibidas por la Iglesia, pero sobre todo en las enseñanzas del Papa Juan Pablo II sobre la teología del cuerpo, en una visión personalista hoy, justamente se subraya que el acto conyugal ha de realizarse siempre de común acuerdo, en el respeto de la libertad del otro. Tanto es así que el Papa llega a hablar de adulterio del corazón cuando el marido mira a la mujer como si se tratará de un objeto de placer y no como una persona.

Aún no habiendo leyes ni disposiciones explícitas sobre la cuestión por parte de la Iglesia, cuando San Pablo invita a los esposos a abstenerse del acto conyugal, de común acuerdo y temporalmente para dedicarse a la oración, deja entrever que eso acontezca, precisamente, en un lapso de tiempo breve y después volver juntos para no caer en las tentaciones de Satanás.

No os **neguéis el uno al otro sino** de mutuo acuerdo, por cierto tiempo, para daros a la oración; luego, volved a estar juntos, para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia (1 Cor 7, 5).

En efecto, los esposos encuentran normalmente en el acto conyugal la gracia que los une y les ayuda a superar las dificultades de su vida en común y la vida familiar.

Una pareja no puede quedarse tranquila si se abstiene del acto conyugal **durante mucho tiempo**, sin que tercia causas verdaderamente graves. Esta es una alarma que conmina a profundizar en las causas de esta falta grave contra el matrimonio para intentar remediarlo. A veces sucede que unas mujeres, por falta de educación sexual, o por traumas de la infancia, o por el comportamiento tal vez violento del marido, se cierran al acto conyugal y se abstenga durante años, sin ningún remordimiento de conciencia, sin saber que esta faltando gravemente contra el sacramento del matrimonio, falta de amor al marido y lo sitúa en ocasión de pecado.

No vale decir: estoy en crisis, luego no tengo relaciones, cuando justamente la unión **conyugal** ha sido instituida para ayudar a la pareja a superar las dificultades, en una comunión y donación mutua cada vez más profunda, fortificada por la presencia del Espíritu Santo.

La relación conyugal ayuda a la pareja a unirse también cuando no puede tener más hijos

Por estos motivos la Iglesia enseña que **la** relación conyugal ayuda a la pareja a unirse también cuando no puede tener más hijos.

Acabó una época, pero comienza otra, la de la educación de los hijos, de su colocación, de los nietos, de la enfermedad y después de la muerte. Acontecimientos todos que exigen a la pareja que esté profundamente unida en el Señor, para sostenerse recíprocamente. En la fe y en el amor mutuo.

Amor en la libertad

Además de la recuperación de su propia masculinidad y feminidad en el respeto de la diversidad del otro, el Camino ayuda a los esposos a sincerarse poco a poco, a hacerlos más libres para manifestarse por lo que son, y el Señor va solidificando el vínculo del amor en la sinceridad y en la libertad.

En el Camino muchas parejas redescubren una nueva libertad de relación; muchas mujeres antes sometidas por temor, por miedo, o por chantajes afectivos por el marido empiezan a sentirse más ellas mismas, más libres, a lo mejor discuten más, dicen lo que piensan, buscan más la gloria de Dios que la de los hombres, nace un verdadero amor en el Señor, donde cabe la posibilidad de ser sí mismas, de amarse en la libertad, donde cabe la posibilidad- por la participación en el Espíritu de Jesucristo- de perdonarse, de amarse en el respeto de la diversidad; respeto mutuo y amor sincero también en las relaciones sexuales.

Este descubrimiento que es fruto del camino de fe , de una fe más adulta, de una participación cada

vez más plena y viva en la vida divina, en el seno de la pequeña comunidad, es la mejor herencia que podemos transmitir a nuestros hijos; un testimonio que podemos ofrecer a las nuevas generaciones del hecho que en Cristo, en la Iglesia, es posible el amor auténtico, que crece en la libertad y en el amor, en el respeto mutuo, en el espíritu del Señor, tanto en el matrimonio y en la familia cristiana, como en la comunidad cristiana.

Amor en el respeto por la diversidad

Es falso pensar que la comunión equivale a una igualdad de puntos de vista.

Aquí también hay que evitar el peligro de idealizar el matrimonio como correspondencia e igualdad de puntos de vista, de gustos, de maneras de ser: la tensión entre varón y fémica, entre una manera de ver más racional y una más intuitiva y a veces más realista, ha sido querida por Dios misma.

La comunión nace del Espíritu Santo en nosotros, que nos deja ver en nosotros el amor de Dios, el totalmente Otro de nosotros.

La alteridad, sobre todo de Dios pero también del sexo distinto al nuestro es una ayuda, es una gracia, porque nos invita a la humildad, a reconocer nuestras limitaciones, ¡qué no somos Dios! Esta diversidad alma el uno con el otro, se convierte en un ejercicio de amor cristiano auténtico día tras día

Es sobre todo en este punto que el demonio tiene un campo de juego fácil dentro de la relación entre hombre y mujer, entre esposo y esposa, entre padre y madre: es aquí que se insinúa el juicio hacia el otro que no piensa como yo, que no comparte mi punto de vista, que me juzga, que me exige.... de ahí la cerrazón en sí mismos, en no hablarse durante muchos días y semanas, la tentación de hacerse la víctima, del llorar sobre sí mismos acusando constantemente al otro como causa de su propio sufrimiento e infelicidad.

Juicios y aptitudes que inevitablemente repercuten en las relaciones sexuales y cuyas consecuencias recaen sobre los hijos.

El amor auténtico, el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, respeta nuestra libertad, y nos ama en nuestra diversidad, en nuestra necedad, en nuestros pecados y nos renueva constantemente con el perdón. El amor conyugal para ser auténtico está llamado a renovarse cada día, en el vivir cotidiano de la conversión del uno hacia el otro, y en el otro al totalmente otro, a Dios.

Para confirmar lo que he dicho antes, traigo aquí un texto sacado del libro: *La reciprocità uomo-donna*, que ya hemos citado en una nota a pie de página, que recoge textos de varios autores católicos, algunos de cuales muy bien argumentados, por si alguien quisiera profundizar en estos temas²³.

"No está bien demonizar el conflicto, considerándolo una prerrogativa de parejas incapaces y fracasadas. Según ha afirmado el psiquiatra René Sitz: "una existencia sin conflicto es la existencia de un avaricioso".

También una vida de pareja sin conflictos es una utopía peligrosa, ligada al sueño de un pacifismo que de hecho existe sólo en las proclamaciones de los así llamados universales. Se ría como cerrar los ojos a la alteridad del otro o, peor aún, quererla eliminar, porque asusta y molesta. Una relación constantemente e irónicamente reconciliada haría pensar en la incapacidad de confrontarse y de gastarse por el otro, a una adhesión acrítica e infantil de una parte a la otra, a una fusión indistinta, a una parálisis de la creatividad....

El conflicto llama a la persona a su soledad ontológica, en sentido de so ser o complementario, no dependiente del otro, sino autónomamente fundado en Dios. Hay acontecimientos y responsabilidades que cada uno debe afrontar él solo, sin poder apoyarse en otros (cuando se muere, se muere solo). Esta soledad ontológica garantiza a la pareja la fecundidad de una relación que no es fusión en la confusión, apoyo recíproco por la

²³ En esta catequesis cito los libros que he encontrado más valiosos sobre la vida de la pareja y la educación de los hijos y que si alguien quisiera profundizar puede consultar. He visto y leído muchos otros que, por tener una connotación **casi exclusivamente humanista y psicológica, no he considerado útil citar.**

incapacidad de estar solos de pie, sino una continua aportación de nuevas energías que cada uno personalmente introduce en la comunicación.

Para el matrimonio creyente, el conflicto puede ser una llamada al diálogo profundo con Dios, a que el Dios celoso que de vez en cuando reafirma el primado de I diálogo del alma con su creador, para asirla a si mismo y hacerla de nuevo fecunda..."²⁴

Cuando los papeles del padre y de la madre se invierten, se crean graves problemas en los hijos. Se forman mujeres masculinizadas, y hombres débiles y afeminados.

PARTE II

LA FAMILIA: IMAGEN DE LA TRINIDAD

En cada aspecto de nuestra vida cristiana "lámpara para mis pasos es tu palabra, Señor". La familia cristiana, como antes la hebrea, no está fundada en corrientes de pensamiento pasajeras que antes o después se manifiesta como parciales y falsas, sino en la Revelación de Dios, en Tradición y en el Magisterio.

1 - Los padres: padre y madre

Los padres, padre y madre, están llamados a asumir sus papeles. Hoy se ha creado una confusión de papeles. El padre declina fácilmente su responsabilidad de educador de los hijos a la madre, sobre la que recae todo el peso de la educación de los hijos con repercusiones muy negativas. Los hijos necesitan de las dos figuras, del padre y de la madre.

Propensión a renunciar a su propio papel para ser simples amigos de los hijos

Una ulterior característica del contexto cultural en el que vivimos es la **propensión** de no pocos padres a renunciar a su papel para asumir el **de simples amigos de los hijos, absteniéndose de llamadas al orden y correcciones**, también cuando sería necesario para educar en la verdad; aún con todo afecto y ternura.

La educación de los hijos es un deber sagrado y tarea solidaria de los padres

Es oportuno, pues, subrayar que la educación de los hijos es **un deber sagrado** y una tarea solidaria de los padres, **tanto del padre como de la madre**: exige el calor, cercanía, el diálogo, el ejemplo. Los padres están llamados a representar en el hogar doméstico al Padre bueno de los cielos, el único modelo perfecto en el que inspirarse.

La maternidad implica la paternidad y, recíprocamente, la paternidad implica la maternidad.

Paternidad y maternidad, por voluntad de Dios mismo, se colocan en una relación de íntima participación en su poder creador y tienen, en consecuencia, **una intrínseca relación recíproca**. Escribí, al respecto, en la *Carta a las Familias*: "la maternidad implica la paternidad y, recíprocamente la paternidad implica la maternidad: este es el fruto de la dualidad dispensada por el Creador al ser humano desde el principio" (*Gratissimam sane, 7*; carta a las familias con ocasión del Jubileo). Es también por esta razón que la relación entre el hombre y la mujer constituye el eje de las relaciones sociales: eso mientras es la fuente de nuevos seres humanos, **une estrechamente entre ellos a los cónyuges**, que se han convertido en una sola carne y, **por medio de ellos, las respectivas familias** (*Discurso del*

²⁴ G. P. Nicola-A. Danese, *Maschile e femminile, conflitto e reciprocità*, en *La reciprocità uomo-donna*, Op. Cit., pág. 227-228.

2 - La mujer esposa y madre

La maternidad, ya desde el comienzo mismo, implica una apertura especial **hacia la nueva persona; y éste es precisamente el «papel» de la mujer.** En dicha apertura, esto es, en el concebir y dar a luz el hijo, la mujer «se realiza en plenitud a través del don sincero de sí» La maternidad está **unida a la estructura personal del ser mujer** y a la dimensión personal del don: «He adquirido un varón con el favor de Yahvé Dios" (Gén 4, 1). El creador concede a los padres **el don de un hijo.** Por parte de la mujer, este hecho está unido de modo especial a **«un don sincero de sí».** Las palabras de María en la Anunciación **«hágase en mi según tu palabra»** (Lc 1, 38) significan la **disponibilidad de la mujer al don de sí, y a la aceptación de la nueva vida.**

Aunque los dos sean padres de su niño, la maternidad de la mujer constituye una «parte» especial de este ser padres en común, así como la parte más cualificada. Aunque el hecho de ser padres pertenece a los dos, es una realidad más profunda en la mujer, especialmente en el periodo prenatal. La mujer es «la que paga» directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Por consiguiente, es necesario que el hombre sea plenamente consciente de que en este ser padres en común él contrae una deuda especial con la mujer. Ningún programa de «igualdad de derechos» del hombre y de la mujer es válido si no se tiene en cuenta esto de un modo totalmente esencial. La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer. La madre admira este misterio y con intuición singular «comprende» lo que lleva en su interior.

A la luz del "principio" la madre acepta y ama al hijo que lleva en su seno como una persona²⁵.

Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre - no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general-, que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer. Comúnmente se piensa que la mujer es más capaz que el hombre de dirigir su atención hacia la persona concreta y que la maternidad desarrolla todavía más esta disposición. El hombre, no obstante toda su participación en el ser padre, se encuentra siempre «fuera» del proceso de gestación y nacimiento del niño y debe, en tantos aspectos, conocer por la madre su propia «paternidad». Podríamos decir que esta forma parte del normal mecanismo humano de ser padres, incluso cuando se trata de las etapas sucesivas al nacimiento del niño, especialmente al comienzo. La educación del hijo - entendida globalmente- debería abarcar en sí la doble de los padres: la materna y la paterna. Sin embargo, la contribución materna es decisiva y básica para la nueva personalidad humana (Mulieris Dignitatem 18).

3 - El hombre esposo y padre

Dentro de la comunión-comunidad conyugal y familiar, el hombre está llamado a vivir su don y su función de esposo y padre.

²⁵ El hijo vive en la fusión con la madre desde el momento de la concepción. Antes del nacimiento la simbiosis es completa: él se encuentra en el cuerpo de la madre, y vive a través de sus órganos. Pero, a partir de un cierto momento, la misma psique comienza a sentir esta simbiosis como sofocante y antivital. Empieza entonces el proceso de salida del cuerpo materno, que culmina con el nacimiento... Es necesario que tal unión vital continúe, de la manera más completa posible, todavía para bastante tiempo: con plenitud hasta los tres años, de manera menos completa hasta los cinco, para ser ulteriormente reducida hasta los siete años. Durante todos estos años, el primer septenio, la aportación de la madre a la existencia y a la formación psicológica del niño es decisiva. En la relación con la madre aprende a percibir su cuerpo, a sí mismo como ser diferenciado. Es, pues, en esa relación afectiva, que es también sensorial y práctica, llena de momentos de vida en común, que se desarrolla no sólo el cuerpo del niño, sino su existencia como sujeto, y la capacidad de percibirse como tal. Además el calor del afecto que la madre tiene por el hijo, y que expresa a través de la mirada y las caricias, de todos los gestos maternos, dependerá después el amor que el hijo sentirá hacia sí mismo, su capacidad de cuidarse, de "quererse" (Claudio Risé, O. cit. Págs. 16-17)

El auténtico amor conyugal supone y exige que el hombre tenga profundo respeto por la igual dignidad de la mujer:

"No eres su amo -escribe San Ambrosio- sino su marido; no te ha sido dada como esclava, sino como mujer... Devuélvele sus atenciones hacia ti y sé para con ella agradecido por su amor". El hombre debe vivir con la esposa "un tipo muy especial de amistad personal". El cristiano además está llamado a desarrollar una actitud de amor nuevo, manifestando hacia la propia mujer la caridad delicada y fuerte que Cristo tiene a la Iglesia.

El amor a la esposa madre y el amor a los hijos son para el hombre el camino natural para la comprensión y la realización de su paternidad.

La función del padre en y por la familia es de una importancia única e insustituible.

Sobre todo, donde las condiciones sociales y culturales inducen fácilmente al padre a un cierto desinterés respecto de la familia o bien a una presencia menor en la acción educativa, es necesario esforzarse para que se recupere socialmente la convicción de que **el puesto y la función** del padre en y por la familia son de una **importancia única e insustituible**.

Como la experiencia enseña **la ausencia del padre provoca desequilibrios psicológicos y morales**, además de dificultades notables en las relaciones familiares, como también, en circunstancias opuestas, la presencia opresiva del padre, especialmente donde todavía rige el fenómeno del "machismo", o sea, la superioridad abusiva de las prerrogativas masculinas que humillan a la mujer e inhiben el desarrollo de sanas relaciones familiares.

Revelando y reviviendo en la tierra la misma paternidad de Dios, el hombre está llamado a garantizar el desarrollo unitario de todos los miembros de la familia. Realizará esta tarea mediante una generosa responsabilidad por la vida concebida junto al corazón de la madre, un compromiso educativo más solícito y compartido con la propia esposa, un trabajo que no disgrega nunca la familia, sino que la promueva en su cohesión y estabilidad, un testimonio de vida cristiana adulta, que introduzca más eficazmente a los hijos en la experiencia viva de Cristo y de la Iglesia.

Misión del padre: romper la simbiosis del hijo con la madre, ayudarlo a llegar a ser adulto.

La paternidad empieza desde el momento de la concepción de la nueva vida en el seno de la mujer. El padre aprende la paternidad de la maternidad de la mujer, la sigue en el tiempo de la gestación, la acompaña, la sostiene en las tribulaciones hasta el parto. Es la madre la que hace conocer el padre al niño. Al crecer, el niño conoce poco a poco la figura del padre, el cual **tiene la misión de romper progresivamente el cordón umbilical del hijo con la madre**, de hacerle pasar **de una situación infantil a la edad adulta**. A través del descubrimiento del padre, de los hermanos y de las hermanas, mejor si son numerosos, la escuela, la comunidad, el niño entra en contacto con el mundo, la sociedad, la Iglesia. En el padre encuentra un punto **de referencia seguro**, un apoyo, lo que lo dirige y lo ayuda a crecer como hombre o como mujer.

Para poder responder a su propia misión de padre tendrá que tomar decisiones contracorriente.

Para poder responder a su propia vocación y misión de esposo y de padre, el marido cristiano, a veces, tendrá que tomar decisiones contracorriente.

Se sabe que ciertas haciendas y empresas tienden a implicar cada vez más sobre todo a los jóvenes y a los más dotados cautivándolos con óptimos salarios, promociones, desplazamientos bien remunerados. Según reconocen varios sociólogos junto a la desestructuración de la familia, el Estado y la empresa tienden a convertirse en la gran madre que absorbe poco a poco a los ciudadanos que se encuentran cada vez más solos y débiles. La exhortación a poner a la familia, el amor a la esposa y la educación de los hijos **por encima del trabajo y del dinero**, según se presenta en el Primer Escrutinio en el Camino Neocatecumenal, es fundamental para la salvación de la familia cristiana. Quizá nunca como hoy aparecen claras e hirientes las palabras de Jesús: no se pueden servir a dos señores: Dios y el dinero.

El soporte de la comunidad a la familia: llamada a la santidad.

Después de todas estas consideraciones sobre el alta llamada a la vida matrimonial y familiar según el plan de Dios, y concerniente la importante misión de **salvar a la familia tan atacada y amenazada** en nuestra generación, se ve cada vez mejor como esto **no se puede realizar sin una dimensión de fe adulta**. Vivir la relación matrimonial en el amor y la verdad, en el

respeto de la diversidad del marido y de la mujer; en dedicación amorosa y paciente a la educación de los hijos exige una conversión constante, cotidiana, de cada día. **La llamada a la santidad** aparece cada vez más real también **en el estado de vida matrimonial y familiar**, quizás hoy **más que en el estado de vida consagrada**.

Por eso es evidente que todo esto es muy difícil, sino imposible, sin el **soporte de una comunidad**. La experiencia de más de treinta años del **Camino Neocatecumenal** lo demuestra, aunque esto no le quita a nadie nunca la libertad de dejar el camino y de destruir su propia familia.

Aquí podemos ver cuanto haya sido providencial que la Iglesia previese en el *Directorio general de la catequesis*, y aprobase en los *Estatutos del Camino Neocatecumenal*, **que la comunidad pueda continuar** en la formación permanente después del periodo de la elección, y tener el alimento de la Palabra y de la Eucaristía y el soporte comunitario que sostiene el combate de la conversión persona y sobre todo de nuestras familias.

PARTE III

LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Hablaremos ahora de la educación de los hijos por parte de los padres, padre y madre, luego de la transmisión de la fe y por fin de la educación sexual. Hablarnos de estos temas de forma consecutiva por razones de orden práctico, pero está claro que los tres aspectos tienen una intrínseca conexión y, por tanto, se desarrollan al mismo tiempo.

Corno estamos viendo, desde el Concilio Vaticano II el matrimonio no solamente es presentado como una "vocación" de Dios, por igual que la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, sino también como una "misión" de la que forma parte, además de la generación de los hijos, la misión de educarlos en la fe, que incluye también la educación a la castidad y a descubrir su propia vocación²⁶. Educar del latín e-ducere, significa sacar afuera, sacar al descubierto o que Dios ha ya inscrito en el corazón de cada hijo y ayudarlo a descubrir su designio, la vocación a la que Dios lo ha predestinado todavía antes de que naciera. "En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicaríamos" (Ef 2, 10).

Los padres deben considerar a sus hijos como hijos de Dios

Los padres deben **mirar a sus hijos como a hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la voluntad del Padre de los cielos** (CEC 2222)

En este sentido los padres no son dueños o propietarios de los hijos, sino verdaderos ministros, colaboradores con Dios creador tanto en la generación de los hijos que él les quiera conceder, cuanto en la educación. Este es un convencimiento que da la clave de una auténtica educación

El derecho-deber educativo de los padres

La tarea educativa tiene sus raíces en la vocación **primordial** de los esposos a participar en la obra **creadora** de Dios; ellos, **engendrando en el amor y por amor una nueva persona**, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen por **eso mismo la obligación de ayudarla eficazmente a vivir u una vida** plenamente humana.

Corno ha recordado el Concilio Vaticano II: "Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole, y por tanto hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse (GS 3)

²⁶ El auténtico amor conyugal es asumido en el amor divino y es sostenido y enriquecido por la fuerza redentora de Cristo y por la acción salvífica de la iglesia, para que los cónyuges, de manera eficaz, sean conducidos a Dios y sean ayudados y fortalecidos en la sublime misión de padre y madre. Por este motivo los cónyuges cristianos son corroborados y como consagrados por un especial sacramento para los deberes y la dignidad de su estado. Y ellos, cumpliendo en virtud de tal sacramento sus deberes conyugales y familiares, penetrados por el espíritu de Cristo, por medio del cual toda su vida está impregnada de fe, esperanza y caridad, tienden a alcanzar cada vez más su perfección y la mutua santificación, y por eso juntos participan en la glorificación de Dios. (GS 48)

El derecho -deber educativo de los **padres se califica como esencial, relacionado como está** con la transmisión de la vida humana; como original y primario, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que 'subsiste entre padres e hijos; como insustituible e inalienable y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros.

Por encima de estas características, no puede olvidarse que el elemento más radical que determina el deber educativo de los padres, es el amor paterno y materno que encuentra en la acción educativa su realización al hacer pleno y perfecto el servicio a la vida. El amor de los padres se transforma de fuente en alma, y por consiguiente, en norma, que inspira y guía toda la acción educativa concreta, enriqueciéndola con los valores de dulzura, constancia, bondad, servicio, desinterés, espíritu de sacrificio, que son el fruto más precioso del amor. (Familiaris Consortio 36)

La misión educativa y el sacramento del matrimonio

Para los padres cristianos la misión educativa, basada como se ha dicho, en su participación en la obra creadora de Dios, tiene una fuente nueva y específica en **el sacramento del matrimonio**, que consagra a la educación propiamente cristiana de los hijos, es decir, los llama a participar de la misma autoridad y del mismo amor de Dios Padre y de Cristo Pastor, así como del amor materno de la Iglesia, y los enriquece en sabiduría, consejo, fortaleza y en los otros dones del Espíritu **Santo**, para ayudar a los hijos en **su crecimiento** humano y cristiano.(Familiaris Consortio 38)

El deber educativo: un verdadero y propio "ministerio" comparable con el ministerio de los sacerdotes

El deber educativo recibe del sacramento del matrimonio la dignidad y la llamada a ser un verdadero y propio **ministerio de la Iglesia** al servicio de la edificación de sus miembros. Tal es la grandeza y el esplendor del ministerio educativo de los padres cristianos, que Santo Tomás no duda **en compararlo con el ministerio de los sacerdotes**:

"Algunos propagan y conservan la vida espiritual: es la tarea del sacramento del orden; otros hacen esto respecto de la vida a la vez corporal y espiritual, y esto se realiza con el sacramento **del matrimonio, en el que el hombre** y la mujer se unen para engendrar la prole y educarla en el culto de **Dios**".

La conciencia viva y vigilante de la misión recibida con el sacramento del matrimonio ayudará a los padres **cristianos a ponerse con gran serenidad y confianza al servicio educativo de los hijos y, al mismo tiempo, a sentirse responsables** ante Dios que los llama **y los envía a edificar la Iglesia** en los hijos.

Así **la familia de los bautizados, convocada como Iglesia doméstica** por la **Palabra** y por el Sacramento, llega a ser a la vez, como la gran Iglesia, maestra y madre, (**Familiaris Consortio 38**).

Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos a la virtud

El hogar es un lugar apropiado para la **educación de las virtudes**. Esta requiere el aprendizaje de la abnegación, de un sano juicio, del dominio de sí, condiciones de toda libertad verdadera. Los padres han de enseñar a los hijos a subordinar las dimensiones materiales e instintivas a las interiores y espirituales". Es una grave responsabilidad para los padres dar buenos ejemplos a sus hijos.

Sabiendo reconocer ante sus hijos sus **propios defectos, se hacen más aptos para** guiarlos y corregirlos:

El que ama a su hijo, le corrige sin cesar... el que enseña a su hijo, sacará provecho de él (Si 30, 1-2).

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor (Ef 6,4).

La corrección: elemento esencial en la educación²⁷

²⁷ La Biblia enseña que los padres tienen la tarea y la responsabilidad de guiar a los hijos para que se apropien de determinados valores y desarrollen la **capacidad de distinguir entre el bien y el mal** en las diversas esferas de la vida.

La disciplina consiste en una parte esencial de la guía hacia los valores en cuanto sirve a reforzarlos valorando

Así como Dios nuestro Padre ha tratado a su pueblo, corrigiéndolo y castigándolo para preparar un pueblo de pobres de Yahvé que acogiesen al Mesías (Historia de la salvación); Como Dios Padre trató a su Hijo hecho hombre para nuestra salvación ("aprendió sufriendo a obedecer,... vivió e indicó el único camino de salvación en la sumisión filial a la voluntad del Padre... He aquí que vengo para hacer tu voluntad. . . Mi alimento es hacer la voluntad del Padre mío);

Como el Padre nos trata a nosotros, hijos adoptivos, corrigiéndonos a través de las pruebas de la vida;

Así los padres, padre y madre, están llamados a **aprender la paternidad y la maternidad de la manera de actuar de Dios mismo**, "del cual deriva toda paternidad y maternidad en la tierra"...

Toda actitud que se distancie de este amor de Dios hacia nosotros es neurótica y produce daños a sí mismos y a los hijos. Por eso respecto a la educación de los hijos estamos llamados a confrontarnos constantemente con el modo de actuar de Dios, con su pedagogía hacia nosotros.

Cito aquí algunos de los numerosos textos sapienciales de la Palabra de Dios sobre la corrección. El autor de la *Carta a los Hebreos* exhorta a las comunidades cristianas que viven en un contexto de persecución a acoger la corrección de Dios como signo del amor del Padre.

El Señor corrige a quien ama

Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor:

ni te desanimes al ser reprendido por él. Pues a quien ama el Señor le corrige, y azota, **a todos los hijos que acoge. Sufrís para corrección** vuestra. Como a *hijos* os trata Dios, y ¿qué *hijo* hay a quien su padre no *corrige*? "Mas si quedáis sin corrección, cosa que todos reciben, señal de que sois bastardos y no *hijos*. Además. teníamos a nuestros padres según la carne, que nos corregían. y les respetábamos.

¿No nos someteremos mejor al Padre de los espíritus para vivir? ¡Eso que ellos nos corregían según sus luces y para pací) tiempo!; unas él, para provecho nuestro, en orden a hacernos partícipes de su santidad. Cierta que ninguna corrección es de momento agradable, sino penosa: pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella. "Por tanto, *levantad las manos caídas y las rodillas entumecidas enderezad para vuestros pies los caminos tortuosos, para que el cojo no se descoyunte, sino que más bien se cure* (Hb 12, 5-13)

Corregir a los hijos

Reconoce asimismo en tu corazón, que como castiga (corrige) el hombre a su hijo, así **Yahvé tu Dios** te castiga (corrige). (Dt 8,5) 8,5)

El hijo sabio toma el consejo del padre: Mas el burlador no escucha las reprensiones. El que **detiene el** castigo, a su hijo **aborrece**: Mas el que lo ama, madruga a castigarlo. (Prov. 13)

la justa actitud comportamental. La ausencia de disciplina comporta la ausencia de **una guía**. **La literatura hebrea cita a** menudo la idea que la disciplina tiene que ser seguida siempre por el afecto y el **amor de** manera que **el hijo no** interprete la punición como un rechazo hacia su persona sino como intolerancia hacia el **acto cometido**. La palabra "disciplina" deriva del sustantivo "discípulo", de ahí es posible derivar un importante concepto pedagógico. No es posible forzar la enseñanza de una materia a un discípulo, puesto que eso debe ser el resultado de un deseo de aprendizaje. De la misma manera la verdadera disciplina debe brotar del deseo de dejarse guiar. El terreno en el que se instaura una disciplina apropiada y una sana relación es aquel en el que se ha conseguido a hacer del hijo un "discípulo". Eso exige paciencia y perseverancia, mas sobre todo es necesario que antes el padre haya construido una **relación de amor afianzada con su hijo**. Esta enseñanza puede ser deducida del comentario pedagógico al *Mishlei* del Goan de Vilna que explicita como a veces es necesario no crearse unas falsas expectativas sobre resultados inmediatos, sino tener la agudeza y la paciencia de retroceder, cuanto eso sea necesario, antes de proyectarse hacia adelante.

Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza;
Mas **no se excite tu alma** para destruirlo. (Prov. 19)

Corrige á tu hijo, y te dará descanso, Y dará deleite a tú alma.
La vara y la corrección dan sabiduría:
Mas el muchacho consentido avergonzará á su madre (Prov 29)

¿Tienes hijos? Adoctrínalos

Doblega su cerviz desde su juventud, ¿Tienes hijas? Cuídate de ellas, y no **pongas ante ellas cara muy risueña.** Casa a tu hija y habrás hecho una gran cosa, pero dásela a un hombre prudente. (Sir 7, 23ss)

El que mim a su hijo, vendará sus heridas

**El que ama a su hijo, le azota sin cesar,
para poderse alegrar en su futuro.**

El que enseña a su hijo, sacará provecho de él,
Entre sus conocidas de él se gloriará.

El que mim a su hijo, vendará sus heridas,
A cada grito se le conmovrán sus entrañas.
Caballo no domado, sale indócil

Hijo consentido, sale libertino.

Halaga a tu hijo. y te dará sorpresas
Juega con él, y te traerá pesares.

No rías con él, para no llorar
Y acabar rechinando de dientes.

**no le des libertad en su juventud,
Y no pases por alto sus errores.
Doblega su cerviz mientras es joven,**
Tunde sus costillas cuando es niño,
No sea que, volviéndose indócil, te desobedezca,
Y sufras por él amargura de alma.

Enseña a tu hijo y trabaja **en él,**
Para que no tropieces por su desvergüenza. (Sir 30)

Afanes de un padre por su hija

Una hija es para su padre un secreto desvelo, aleja el sueño la inquietud por ella.

En su juventud miedo a que se le pase la edad
si está casada, á que sea aborrecida.

Cuando virgen, no sea mancillada y en la casa paterna no quede encintas

Cuando casada, a que sea infiel, cohabitando, a que sea estéril. Sobre la hija desenvuelta refuerza la vigilancia, no sea que te haga la irrisión de tus enemigos comedilla en la ciudad, corrillos en el pueblo, y ante el vulgo espeso te avergüence. (Eclesiástico 42).

Hay que seguir y cuidar de las hijas de manera particular. En la sociedad en la que vivimos, con la agresividad sexual constante presente en los medios de comunicación, en las publicidades, en las modas, es fácil que las hijas, para que no se sientan en dificultad con las amigas y con los compañeros de clase o del colegio, quieran adecuarse al estilo de las otras muchachas. Las hijas, en efecto, adoptando modas y costumbres del tiempo en la manera de vestir, actúan muchas veces de manera ingenua a la hora de presentarse, sin saber que ciertas actitudes y ciertas modas son provocadoras para los chicos.

Los padres están llamados a ser realistas, y a hablar a las hijas de los peligros a los que se exponen

con **ciertos comportamientos o ciertas modas de vestir (como minifaldas exageradas u ombligos descubiertos)** si no quieren encontrarse después con la sorpresa de verlas un día embarazadas o, peor aún, descubrir que han abortado. La mentalidad corriente de un falso sentido de la libertad no es propia de los cristianos, llamados a ser signo de un pueblo sacerdotal, consagrado a Dios, con una misión de salvación para esta generación. Ade cuarse al mundo, a las modas, es traicionar la llamada y la elección del Señor sobre nosotros y sobre nuestras familias y, por consiguiente, sobre nuestros hijos y nuestras hijas. Los padres, sobre todo, cuiden de que las hijas vayan vestidas de modo decente y digno cuando participan en las Celebraciones de la Comunidad.

Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres

Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato á Dios en el Señor. Padres no exasperéis a vuestros hijos. no sea que se vuelvan apocados
Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos de este mundo, no porque os vean, como quien busca agradar á los hombres; sino con sencillez de corazón, en el temor del Señor.
Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el e Señor y no para los hombres, conscientes de que el Señor os dará la herencia en recompensa. El Amo a quien servís es Cristo. (Col 3, 20ss)

Para que la corrección sea eficaz es necesario que el padre y la madre estén unidos

Para que la corrección sea eficaz, es muy importante que los hijos vean al padre y a la madre unidos. Sí frente al padre que corrige, el hijo entrevé una posibilidad de refugio en la madre, porque percibe que ésta no comparte la severidad del marido, la función de la corrección pierde su fuerza.

En esto **la madre tiene una función** importante. El hecho de que por la maternidad se cree un vínculo afectivo particular con cada hijo, no **debe llevar** a la madre a separar su corazón del marido, del cual ella es siempre la esposa, para pegarse a los hijos.

Sí el hijo **halla una alianza en la madre** contra el padre que corrige, quedará marcado en su crecimiento. Mimado por la madre, tendrá dificultades a superar el infantilismo y a convertirse en adulto. No se hallará preparado para enfrentarse a las dificultades de la vida, al sufrimiento, a dejar su casa para seguir su propia vocación. Por una parte quisiera librarse del ligamen con la madre, pero por otro lado se siente incapaz.

La función del padre, también a través de la corrección, será la de ayudar al hijo a romper el ligamen umbilical con la madre, a dirigirse hacia fuera, hacia el padre, hacia los hermanos, a crecer y llegar a ser adulto. Para esta ayuda en el crecimiento que permita superar el infantilismo, es importante la presencia de hermanos y hermanas.

En la educación de los hijos no hay reglas ni fórmulas mágicas, sino una asistencia particular del Espíritu Santo

En la educación de los hijos no hay reglas ni fórmulas mágicas. La educación es una verdadera misión **de los padres y en esto** los padres están llamados a ser conscientes de una particular asistencia del Espíritu Santo que les irá inspirando las posturas que hay que adoptar con cada hijo o hija, según su edad.

Cito ahora tres textos que puedan ayudar a los padres.

San Juan Bosco: para educar, imitar a Jesús y dejarse guiar por el amor.

En la corrección es importante que los hijos vean el amor de los padres hacia ellos. San Juan Bosco, **que** obtuvo de Dios un don particular para la educación de los muchachos y de los jóvenes, confiesa:

¡Cuántas veces, hijos míos, durante mi vida, ya bastante prolongada, he tenido ocasión de convencerme de esta gran verdad!

Es más fácil enojarse **que aguantar, amenazar al niño que persuadirlo;** añadiré incluso que, para **nuestra** impaciencia y soberbia, resulta más cómodo castigar á los rebeldes que corregirlos. soportándolos con firmeza y suavidad a la vez.

Os recomiendo que imitéis **la caridad que usaba Pablo con los neófitos**. caridad que con frecuencia lo llevaba a derramar lágrimas y a suplicar, cuando los encontraba poco dóciles y rebeldes á su amor.

Guardaos de que nadie pueda pensar que os dejáis llevar por los arranques de vuestro espíritu. **Difícil, al castigar**, conservar la debida moderación, la cuál es necesaria para que en nadie pueda surgir la duda de que obramos no para hacer prevalecer nuestra autoridad o para desahogar nuestro mal humor

Miremos como á hijos á aquellos sobre los cuales debemos ejercer alguna autoridad. Pongámonos á su servicio a imitación de Jesús, el cual vino para obedecer y no para mandar, y avergoncémonos de todo lo "que pueda tener **la** incluso apariencia de dominio; si algún dominio ejercemos sobre ellos. ha de ser para servirlos mejor.

Este era **el** modo de obrar de Jesús con los apóstoles, ya que era paciente con ellos, á pesar de que eran ignorantes y rudos e incluso poco fieles; también con los pecadores se comportaba con benignidad y con una amigable familiaridad de tal modo que era motivo de admiración para unos, de escándalo para otros, pero también o ocasión de que concibieran la esperanza de alcanzar el perdón de Dios. Por esto, nos mandó que fuésemos mansos y humildes de corazón.

Son hijos nuestros, y, por esto, cuando corriamos sus errores, hemos de deponer toda ira o, por **lo menos** dominarla de tal manera como si la hubiéramos extinguido totalmente.

Mantengamos sereno nuestro espíritu, evitemos el desprecio en la mirada, las palabras hirientes; tengamos comprensión en el presente y esperanza en el futuro, como conviene a unos padres de verdad, que se preocupan sinceramente de la corrección y enmienda de sus hijos.

En los casos más graves, es mejor rogar á Dios con humildad que arrojar un torrente de palabras, ya que estas ofenden los que las escuchan sin que sirvan de provecho alguno a los culpables.(De las Cartas de San Juan Bosco, *epistolario*, Turín 1959, 4,201-203)

Papa Juan Pablo II: educar significa orientar al discípulo en el conocimiento de la verdad

El Papa, en un discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica precisa cual es el contenido de la educación: **reconocer la verdad sobre si mismo**.

Sólo quien ama educa, porque sólo quien ama sabe decir la verdad que es el amor. Dios es el verdadero educador porque "Dios es amor".

Esta expresión de Jesús, que nos entrega el Evangelio según San Juan, representa un punto de referencia decisivo para trazar algunas perspectivas del misterio de la educación. En el versículo que acabamos de recordar, Jesús **pone** en relación dos componentes - libertad y verdad - que, a menudo, el hombre no ha conseguido coordinar bien. Podemos observar, en efecto, que mientras en el pasado prevaleció a veces una forma de verdad alejada de la libertad, hoy se asiste con frecuencia a un ejercicio de la libertad alejada de la verdad.

Sin embargo, una persona es libre, afirma Jesús, solamente cuando reconoce la verdad sobre si misma. Esto conlleva, naturalmente, un lento, paciente, amoroso camino a través del cual es posible descubrir progresivamente su propio verdadero ser, su auténtico rostro.

Y es a lo largo de éste camino que se inserta la figura del educador como aquel que, ayudando con rasgos paternos y maternos a reconocer la verdad sobre sí mismos, colabora a la consecución de la libertad, "signo eminentísimo de la imagen divina" (**GS** 17).

La tarea del educador, según esta perspectiva es por un lado testimoniar que la verdad sobre sí mismo no se reduce a una proyección de ideas e imágenes propias y, por otro lado, **orientas al discípulo hacia el descubrimiento estupendo y siempre sorprendente**

de la verdad que lo precede y sobre la cual no tiene *ningún* dominio.

Mas la verdad sobre nosotros esta estrechamente vinculada al amor hacia nosotros. **Solamente quien ama posee y conserva el misterio de nuestra verdadera imagen,** también cuando eso se nos escapa de las manos.

Sólo quien ama educa, porque sólo quien ama sabe decir la verdad que es el amor. Dios es el verdadero educados porque "Dios es amor".

He aquí lo nuclear, el centro candente de toda actividad **educativa;** colaborar al descubrimiento de la verdadera imagen que el amurar de Dios ha impreso indeleblemente en cada persona y que se conserva en el misterio de su mismo amor. Educar significa reconocer en cada persona y pronunciar sobre cada personas la verdad que es Jesús, para que cada persona pueda llegar a ser libre. Libre de las esclavitudes que le han sido impuestas, libre de las esclavitudes, todavía más estrechas y tremendas, que ella misma se impone.

El misterio de la educación resulta ser así estrechamente vinculado al misterio de la vocación, es decir, así misterio de este "nombre" con el que el Padre nos llamó y predestinó en Cristo antes de la fundación del mundo (Juan Pablo 11, En la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica - martes 14 de noviembre de 1995).

San Ambrosio: más que vuestros consejos les ayudará la estima que nutren hacia vosotros y vosotros hacia ellos

La educación de los hijos es una tarea para adultos dispuestos a una dedicación que te lleve a olvidarte de ti mismo: son capaces de esto el marido y la mujer que se aman a tal punto que no necesitan mendigar en otros lares el afecto necesario.

El bien de vuestros hijos será lo que ellos elegirán: no soñéis para ellos con vuestros deseos.

Bastará con que sepan amar el bien y guardarse del mal y que consideren algo horroroso la mentira.

No pretendáis, pues, dibujar su futuro: sed satisfechos más bien que vayan al encuentro del mañana con empuje, también cuando os parecerá que se olvidan de vosotros.

No animéis ingenuas fantasías de grandeza, y sí Dios los llama a algo hermoso y grande no seáis vosotros el lastre que les impide volar.

No os arroguéis el derecho de tomar decisiones en su lugar, más bien ayudarles a entender qué decisión tomar y a que no se asusten si lo que aman requiere esfuerzo y alguna vez hace sufrir: más insoportable es una vida vivida para nada.

Más que vuestros consejos les ayudará la estima que nutren hacia vosotros y vosotros hacia ellos; más que por mil recomendaciones sofocantes, serán ayudados por los gestos que vieron en casa: los afectos sencillos, certeros y expresados con pudor.

Y todos esos discursos sobre la caridad no me enseñarán más que el gesto de mi madre que abría la puerta de la casa a un vagabundo hambriento, y no encuentro un gesto mejor, por no decir el orgullo de ser hombre, que cuando mi padre se adelantó a tomar la defensa de un hombre acusado injustamente.

Que vuestros hijos habiten en vuestra casa con aquel sano hallarse bien que te hace sentir a gusto y que te anima también a salir de casa, porque te insufla dentro la confianza en Dios y el gusto de vivir bien²⁸.

¿Quién manda en la familia? ¿El padre o la madre?

La pregunta está formulada de manara provocativa y maliciosa intencionadamente, pero refleja un problema que a veces se crea en la pareja, sobre todo en referencia a la educación de los hijos.

Todos conocemos el dicho popular: "en mi casa mando yo, dice el marido, pero se hace lo que dice mi mujer".

²⁸ C. M. Martini, *Sette dialoghi con Ambrogio*, Vescovo di Milan, Centro Ambrosiano 1996

Esta no es la actitud cristiana: en efecto, San Pablo, en la analogía entre Cristo que ama a la Iglesia y el mando llamado a amar similarmente a la mujer, dice que Cristo es la cabeza del cuerpo como el marido es cabeza de la mujer, y como tal, en las decisiones importantes, pide la sumisión a la mujer sobre todo delante de los hijos, delante de los cuales tiene que aparecer la autoridad del padre, avalada también por la madre.

Autoridad no significa autoritarismo o arbitrariedad, ni siquiera despotismo.

Jesús enseñaba con autoridad... sin embargo vino a servir. Su autoridad no se imponía, pero por el hecho de que había sido enviado por el Padre como testigo de la verdad, la verdad misma interpelaba una respuesta libre a los que le escuchaban. La verdad lleva en sí misma la autoridad por lo que quien la acoge se salva y quien la rechaza se condena.

La autoridad está en función del servicio, de una misión, no de un instrumento para ponerse por encima de los demás (abuso de autoridad).

La autoridad paterna no significa que la mujer no tenga una personalidad más fuerte

El ejercicio de la autoridad paterna no significa que en el matrimonio la mujer no pueda tener más dotes y una personalidad más fuerte que la del marido.

El amor conyugal consiste, antes que nada, en el convencimiento y en la certeza que "lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre", es decir, en la convicción que esta es la mujer que Dios ha querido para mí, como esposa y como madre de mis hijos: así como es, con su carácter, sus dotes, y yo como el marido para ella. El amor conlleva el respeto del otro así como es, con sus dotes, con sus límites, y también con sus pecados, no en la pretensión de que llegue a ser la realización de una proyección mía sobre el otro, mortificando su carácter, sus dotes y talentos para imponerme a mí mismo sobre el otro. . .

Padre, madre e hijos están llamados a enraizarse personalmente en Dios

En el caso de disparidad de puntos de vista sobre la familia, sobre la educación de los hijos, el padre y la madre, al fin de encontrar una unidad de comportamiento delante de los hijos, están llamados a estar personalmente y profundamente radicados en Dios. Aquí también aparece la necesidad de una constante conversión a Dios.

Si el modelo de la familia cristiana e la Familia de Nazaret, que la Liturgia llama "experta en el sufrir" descubrimos que en ella los tres componentes están enraizados personalmente en Dios, tienen una relación personal con él.

María, ante el anuncio del Ángel contesta: "hágase en mi según tu palabra", el diseño de Dios.

José no dice nada, pero hace, cumple lo que Dios manifiesta momento por momento, en situaciones difíciles y dolorosas, cumple la voluntad de Dios, se deja guiar por el Señor.

El adolescente Jesús manifestará claramente a sus padres que está llamado a ocuparse de las cosas de su padre, aun viviendo sometido a ellos en la casa de Nazaret.

Es esclarecedor, al propósito, un *midrash* de un autor español de 1800 que, comentando el tormento de José cuando se dio cuenta de que María estaba embarazada, cuando en lo profundo de su corazón decide repudiarla en secreto, se imagina un coloquio entre José y María después de que José recibiera del ángel en sueños, la explicación del misterio.

José le pregunta a María: pero, ¿por qué no me dijiste nada antes... por qué has dejado que viviera este tormento durante días, no has visto lo que sufría?... Si tú sabías la respuesta, ¿por qué no me lo has dicho, ahorrándome estos días y estas noches de sufrimiento y de tormento?

Y María le contesta: y, ¿quién era yo para interferir en tu relación con Dios? ¿Cómo habría podido explicarte yo lo que para mí misma era inexplicable?... Sólo Dios te podía revelar directamente este misterio.

Jesús mismo, delante de María y de José - que después de haberle hallado en el templo de Jerusalén le dicen: ¿por qué no has hecho esto?... ¿Por qué no nos dijiste antes que te quedarías en el templo, y nos habría ahorrado estos tres días de angustia y de dolor? - da una respuesta que María entenderá solamente más tarde...

En ciertos momentos el marido debe tomar unas decisiones en conciencia delante de Dios

En ciertos momentos el marido debe tomar unas decisiones, después de haber hablado con la mujer (no delante de los hijos), a solas: en conciencia y ante Dios, después de haber rezado. Aunque la decisión puede causar un sufrimiento en el momento a la mujer o a los hijos. Como dice Jesús, en aquel momento el marido y padre está llamado a no buscar su complacencia, ni la gloria de los hombres, o la vida tranquila, sino la gloria de Dios sólo. Y la mujer en estos casos, aunque sea más dotada, más fuerte, aunque no comparta la decisión, está llamada a someterse al marido como cabeza de la familia. Más bien, como mujer y madre tiene una tarea muy importante ayudando al marido a ser verdadero padre, a tomar decisiones según Dios, y también a ayudar a los hijos a reconocer la autoridad del padre.

Si los hijos vislumbran una división, una descomunicación profunda en los padres, lo tienen fácil para no obedecer, y para crecer haciendo su propia voluntad.

Es importante que los hijos vean en el padre al cabeza de familia, el punto de referencia y de seguridad, mientras que en la madre vean el amor, la ternura, la comprensión.

La obediencia en la familia

En la familia los hijos aprenden a obedecer y los padres a que les obedezcan, aunque esto vaya en contra de la mentalidad corriente. En esto los padres y los hijos son ayudados por la participación en el Camino Neocatecumenal. En efecto en el Camino todos son iniciados a obedecer en la fe a Dios: tanto en las personas de los Catequistas en el itinerario neocatecumenal como a la jerarquía: al Papa, al Obispo, al Presbítero. El hecho mismo de poder ver y experimentar que los padres mismos obedecen a otros ayuda a los hijos a aprender a obedecer. . .

Jesús mismo aprendió a obedecer al Padre a través de lo que sufrió... también él, verdadero hombre, fue tentado a no adecuarse a la voluntad del Padre.... En el fondo la obediencia a los padres (y a la autoridad constituida por Dios) es sacramento de la obediencia a Dios... San Pablo recomienda obedecer como al Señor... en conciencia. Lo mismo afirma también San Pedro.

La desaparición de Dios es desaparición del padre, desaparición de la autoridad y desaparición de la obediencia... todo eso es sustituido por el Estado que hace de padre y madre.... emana leyes... y obliga a la observancia con el miedo al castigo para quien las infringe...

PARTE IV LA TRANSMISIÓN DE LA FE A LOS HIJOS

Escucha Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé. Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas. (Dt 6,4-9).

Es constante en la Tradición cristiana, como también en la hebrea²⁹, que **la primera y más incisiva**

²⁹ Todo el pensamiento hebreo *gira* alrededor de conceptos pedagógicos concernientes a la educación de los hijos en cuanto que la transmisión de los conocimientos de los padres a la prole es el fundamento mismo de la familia hebrea y garantía para la continuidad de la identidad hebraica y de la comunidad entera. La palabra "hijos" en hebreo se traduce con "banim" de cuya misma raíz deriva el sustantivo "bonim" (constructores).

Los hijos permiten la construcción de la comunidad y de ellos depende su futuro; también por este motivo están considerados, por el hebraísmo, un tesoro preciado donado por Dios. Todos los grandes maestros del pensamiento tradicional hebreo concuerdan en la afirmación de que la finalidad principal de la educación consiste en transmitir unos valores fundamentales universales en la base de una sana relación entre padres e hijos.

transmisión de la fe a los hijos acontezca en el seno de la familia

La familia: Iglesia doméstica

Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María. La Iglesia no es otra cosa que la "familia de Dios". Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, "con toda su casa", habían llegado a ser creyentes. Cuando se convertían deseaban también que se salvase "toda su casa". Estas familias convertidas eran como islas de vida cristiana en un mundo no creyente. CCC. 1655

Los Padres de la Iglesia, en la tradición cristiana, han hablado de la familia como "iglesia doméstica", como "pequeña iglesia". Se referían así a la civilización del amor como un posible sistema de vida y de convivencia humana. "Estar juntos" como familia, ser los unos para los otros, crear un ámbito comunitario para la afirmación de cada hombre como tal, de "este" hombre concreto. A veces puede tratarse de personas con limitaciones físicas o psíquicas, de las cuales prefiere liberarse la sociedad llamada "progresista". Incluso la familia puede llegar a comportarse como dicha sociedad. De hecho lo hace cuando se libra fácilmente de quien es anciano o está afectado por malformaciones o sufre enfermedades. Se actúa así porque falta la fe en aquel Dios por el cual todos viven" (Lc 20, 35) y están llamados a la plenitud de la vida. (Carta a las familias 15)³⁰

La educación a la fe desde la más tierna edad de los hijos: enseñar a rezar

La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el Evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios. La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres. CCC 2226

La familia, comunión de personas

El matrimonio y la familia cristiana edifican la Iglesia; en efecto, dentro de la familia la persona humana no sólo es engendrada y progresivamente introducida, mediante la educación, en la comunidad humana, sino que mediante la regeneración por el bautismo y la educación en la fe, es introducida también en la familia de Dios. que es la Iglesia.

La familia humana, disgregada por el pecado, queda reconstituida en su unidad por la fuerza redentora de la muerte y resurrección de Cristo. El matrimonio cristiano, partícipe de la eficacia salvífica de este acontecimiento, constituye el lugar natural dentro del cual se lleva a cabo la inserción de la persona humana en la gran familia de la Iglesia.

El mandato de crecer y multiplicarse, dado al principio al hombre y a la mujer, alcanza de este modo su verdad y realización plenas.

La Iglesia encuentra así en la familia, nacida del sacramento, su cuna y el lugar donde puede actuar la propia inserción en las generaciones humanas, y éstas, a su vez, en la Iglesia.

Las Laudes en familia en el Día del Señor

Particularmente eficaz se ha demostrado para la transmisión de la fe a los hijos la "celebración doméstica de las Laudes" en familia, el Domingo por la mañana, donde todos se encuentran unidos en la oración litúrgica y en la escucha de la Palabra de Dios: los padres, los hijos, los abuelos, los tíos: todos los que componen la familia.

La Biblia enseña que los padres y maestros tienen la obligación de guiar a sus propios hijos en la distinción entre el Bien y el mal en las distintas esferas de la vida. Está escrito que para una educación sana, el padre y la madre tendrían que estar de acuerdo sobre conceptos educativos básicos, unidos y coherentes en sus propias acciones.

El Talmud sugiere que, en el momento de educar a sus hijos, un padre tiene que dejar que "la mano izquierda rechace mientras la derecha acoge", es decir, el amor (simbolizado por la mano derecha, más fuerte) tiene de todas maneras que seguir siempre a la punición y ser utilizado mayoritariamente respecto a la severidad.

La liturgia cotidiana que se desarrolla entre los muros domésticos no es, según el hebraísmo menos relevante que la liturgia sinagoga. (L'educazione nella famiglia ebraica moderna, tesis de Laura di Rivka Barisserver, www.moi'asha.it/tesi/brs_v/br_rsv04.html).

³⁰ Juan Pablo II, Carta a las Familias, Roma 1994

La experiencia demuestra que estas catequesis familiares, recibidas por los niños, de los 6 a los 12 años, quedan grabadas para toda la vida. En estas celebraciones domésticas, que se desarrollan, cuidando los signos litúrgicos (el mantel blanco sobre la mesa, dos cirios encendidos, las flores, la Biblia), después del canto de los Salmos de las Laudes del Domingo, que los hijos acompañan con algunos instrumentos, el padre proclama un texto de la Escritura, y luego, después de haber actualizado la Palabra, coadyuvado por la madre, empieza un diálogo con los hijos, preguntándoles qué les dice la Palabra proclamada a su vida personal, en la relación con los hermanos y los padres, el ambiente de la escuela, de los amigos .

Para los hijos se trata de una ocasión inmejorable para que se puedan abrir en un contexto litúrgico, por debajo de la Palabra, como también los padres, y poder manifestar los problemas que encuentran y ser ayudados por la experiencia de los hermanos mayores y de los padres. El padre recoge luego el eco de la familia y cierra las Laudes con el canto del Benedictus, las oraciones espontáneas, y al final bendiciendo a los hijos.

La celebración doméstica de las laudes **tiene que ser cuidada al máximo** y permite un diálogo sincero con los padres, para ver juntos la vida, los aspectos positivos y problemáticos a la luz de la fe. Es una última escuela de saneamiento, sobre todo cuando los hijos van a la escuela. Los padres han recibido el mandato de transmitir la fe: por eso es deber de los padres informarse no sólo de cómo les va a los hijos en la escuela, como preocupados sobre todo por el rendimiento escolar, o del éxito, sino preguntar a los hijos sobre lo que aprenden en la escuela, que les enseñan, especialmente en lo concerniente a la moral, a la sexualidad, a la historia de la Iglesia, a la religión, enterándose de que amigos frecuentan. Y que deshagan las mentiras con la verdad de la revelación, de la tradición y del magisterio. No hace falta una gran cultura, ni es cuestión de tener unos complejos de inferioridad respecto a los estudios de las escuelas superiores que hoy están en manos de docentes a menudo laicistas y ateos, basta el *sensus fidei*, para desmontar las mentiras del demonio y comunicar la luz de la revelación a los hijos³¹.

La inserción en la Comunidad y en la Parroquia

Los padres están llamados a acompañar a los hijos en su preparación a la Primera Comunión en la parroquia, y después a la Confirmación, explicando mano a mano a los hijos el profundo significado de estos acontecimientos en su vida. Así introducen a los hijos en la propia Comunidad Neocatecumenal después de la Primera Comunión, participando por primera vez en la celebración de la Eucaristía donde hacen las moniciones, proclaman la Palabra y comulgan el Cuerpo y Sangre de Cristo, en un clima de acogida y de fiesta.

La participación en la celebración de la Pascua³²

³¹ En Louis Isaac Rabrinowitz es posible leer: "La constante insistencia sobre el valor de la familia como unidad social por la propagación de las virtudes domésticas y religiosas, y además el hecho significativo de que la palabra hebrea para el matrimonio es "qiddshin", es decir santificación, tuvieron el resultado de hacer de la casa hebrea el factor más vital en la supervivencia del judaísmo y en la preservación del estilo hebreo de vida, mucho más que la sinagoga y la escuela". Si la relación maestro-discípulo es absolutamente fundamental en el desarrollo del judaísmo, es necesario notar como las primeras enseñanzas religiosas del vástago son impartidas en la familia por la madre y el padre, según una larga serie de prescripciones bíblicas.

El padre y la madre sienten, pues, como un deber su "hablar" a los hijos por lo menos hasta el bar-mitzvâ, de los mandamientos, de los gestos, de los ritos culturales de su fe (L' *educazione nella famiglia ebraica moderna*, tesis de Laura di Rivka Barissever www.morasha.a.it/tesi/brsv/brsv04.html)

³² La Pascua hebrea exige tantos de esos preparativos que es natural preguntarse porqué precisamente las preguntas, que los niños hacen a los padres acerca del significado de la Celebración, son el núcleo de la misma y tienen que ser satisfechas antes que cualquier otra cosa.

Un particular significado característico de esta celebración es el hecho de evidenciar como ninguna educación impartida por terceras personas, como por ejemplo maestro, puede ocupar el lugar de una educación transmitida a través de una implicación personal, por el padre mismo. El saber hebreo no es una cuestión sencillamente teórica o mecánica, sino que se trata de una cuestión práctica que enviste el estilo de vida de un hombre y es por esa razón que no puede ser transmitida únicamente en un nivel casi del todo teórico en la escuela.

Este es un mensaje importante que proviene de la celebración de la Pascua que sitúa en el centro el ambiente familiar.

Así como todo padre tiene el deber de cumplir su función educativa, del mismo modo la ley hebrea se asegura que todo carácter del hijo puede beneficiarse de la instrucción parental.

Escribe Pinchas Lapide: "ningún niño hebreo llega a la mayor edad religiosa (la edad del *bar-mitzvâ*) sin haber vivido como una experiencia personal la historia de la salida de Egipto, y sin haber hablado de ella con

Es fundamental para la transmisión de la fe la participación desde la más tierna edad a la fiesta de la Pascua, participando en la medida de lo posible en las solemnidades del Triduo Pascual, sobre todo de la Vigilia Pascual. Según la edad empiezan a participar en parte al ayuno pascual, preparan los cantos, viven la espera de la Vigilia Pascual. A través de los cantos, las tinieblas y la luz, el incienso, los cantos, las preguntas de los niños y las respuestas de los padres, los Bautismos por inmersión, la Eucaristía solemne, los niños empiezan a vivir este evento como el evento principal del año y de su vida.

A la edad de los 13 años los hijos inician la catequesis y entran en una comunidad neocatecumenal

A la edad de los 13 años³³ los hijos inician la catequesis y entran en una comunidad neocatecumenal propia, en la cual junto con los hermanos recorrerá el camino de iniciación hacia una fe adulta, de modo que poco a poco la fe recibida por los padres se convierte en algo propio para afrontar como cristiano adulto la vocación a la que Dios le llama.

El futuro de la humanidad depende de la familia

participación (...). La Pascua, en efecto, es sobre todo una fiesta de familia, en la cual los niños ocupan un papel central".

Unos cuantos elementos del *seder* evidencian el papel activo desarrollado por los niños y el intento de solicitar su atención y participación en el transcurso de la celebración: la mesa redonda, bien preparada, los alimentos simbólicos, la preparación a la fiesta, de modo tal que la celebración pascual se transforma en una memorable experiencia educativa y de fe.

Su papel de todas formas, es verdaderamente decisivo en ocasión de la fase llamada *maggid*, "contar", o sea, la fase narrativa. La liturgia tiene aquí en su centro la narración del éxodo de la esclavitud egipcia, de manera que refuerza la propia entidad hebraica y, a la vez transmite importantes enseñanzas pedagógicas, dirigidas tanto a los hijos como a los padres y valores universales. Es deber de los padres transmitir la enseñanza histórica de la salida de Egipto contestando a las preguntas de los hijos en concordancia con la inteligencia de cada uno. Para evidenciar la gran variedad de la personalidad humana con la conciencia que cada persona es distinta y única en su género, en el plano pedagógico el texto de la cena pascual se refiere a cuatro simbólicos modelos filiales para otros tantos hijos presentes: uno sabio, uno malvado, el tercero "simplón" y el último incapaz hasta de formular preguntas.

En la boca de los primeros tres se ponen unas preguntas provocadoras, para ofrecer al cabeza de familia unos ejemplos de respuestas pertinentes, que él puede ampliar a su gusto. Todo esto para ilustrar plásticamente y de múltiples maneras, apto para las diversas mentalidades, la epopeya de la liberación del pueblo hebreo. El hebraísmo presenta aquí su característica de libertad, de apertura a distintas posibilidades de interpretación de la fiesta:

-de la del sabio propia de quien conoce el sentido *pesaj* la Pascua hebrea, de quién experimenta cotidianamente la libertad y la gloria que de ella derivan, al que se le responde que siga por ese camino, profundizando en ella cada vez más

-a la del malvado, el cual nada menos ignora la Pascua, no conoce la libertad; es incapaz de aprender;

-luego está el "simplón", el ingenuo que aparece del todo superficial e imposibilitado a poner verdaderas cuestiones, a evolucionar. Se trata del hombre que cree saber y que, por eso, víctima de su ilusión, está condenado a la ignorancia;

-finalmente el hijo que no sabe hacer preguntas, probablemente el más joven pero está dispuesto a aprender, siguiendo una pedagogía correctamente fundada. La sugerencia del *Midrash* es la de "abrirle la boca", de manera socrática, estimulándola a interrogar, capturando su atención, haciéndolo participe de la reflexión común. El sustantivo latino *infans*, de donde deriva "infante", es decir aquel que no habla y que tiene que ser introducido a hablar, refleja una fundamental necesidad pedagógica que el hebraísmo dice que consiste esencialmente en inducir al niño ante todo a hacer preguntas.

³³ El *bar-mitzvâ*: literalmente el término *bar/bat-mitzvâ* significa "hijo/a del mandamiento" e indica tanto el momento en el que se alcanza la madurez religiosa y legal como la ceremonia en ocasión de la adquisición formal del status de madurez religiosa, alcanzada, la edad de trece años por los chicos y doce por las chicas. Una vez que ha alcanzado tal edad, un hebreo está obligado a la observancia de los mandamientos. Esta consiste en una bendición que el padre pronuncia para ser libre de la responsabilidad legal de las acciones de su propio hijo. A su vez, este último, al fin de probar públicamente la madurez alcanzada, el sábado siguiente al cumplimiento de los trece años es convocado para leer la *Torah* en la sinagoga: pronunciando una serie de bendiciones apropiadas, leyendo una parte de la perícopa semanal y el paso de los profetas y teniendo una exposición homilética al grupo de los presentes; poniéndose por fin a su disposición y respondiendo a eventuales preguntas

El valor esencial de la familia cristiana

"Responderéis: éste es el sacrificio de la Pascua de Yahvé, **que** pasó de largo por las casas de los israelitas y salvó de Egipto cuando hirió a los egipcios"(Ex 12,27).

La elección de Dios y la misión que nos confía no implica solamente a los padres, sino que junto a ellos **también a los hijos**, según afirmó el Papa **entregando el Crucifijo a más de cien familias** enviadas en misión a los lugares más pobres y necesitados de la tierra:

"Hoy, queridos hermanos y hermanas, estáis aquí para testimoniar precisamente la dimensión misionera y profética de vuestro camino de fe. Y queréis subrayar que esta dimensión misionera enviste a la familia en cuanto tal, ya que el renacimiento bautismal no atañe a los componentes sólo singularmente, sino que los implica todos juntos empeñándolos como comunidad familiar en un más profundo vínculo de unidad en la caridad y en un más vivo impulso misionero"(Lunes 12 de Diciembre de 1994).

Importancia de los abuelos en la transmisión de la fe a los nietos

Considerando la vida familiar, hemos examinado las relaciones entre generaciones "en la biología de la generación está inscrita la genealogía de la persona"(Carta a las *Familias*, n. 9). Un fuerte realce ha sido dado a la contribución de los abuelos en la educación de sus nietos.

Los abuelos comunican con especial ternura una experiencia de vida y de fe, y son hoy, a menudo, un importantísimo factor de evangelización, especialmente cuando la misión de transmitir la fe va a menos por distintos motivos. En la transmisión de los valores y de manera singular de los religiosos, el papel de los abuelos se revela hoy de una importancia fundamental. frente al peligro de un vacío de la educación a este respecto. (Congreso *Teológico-Pastoral sobre los hijos*, organizado por el Pontificio Consejo para la Familia, 11-13 de Octubre de 2000).

Seguir el camino del hijo sobre todo en la edad de la adolescencia

Los padres están llamados a seguir a los hijos y a continuar la transmisión de la fe también cuando ellos siguen el Camino en su propia Comunidad³⁴. Considerando los tiempos difíciles, sobre todo en la edad de la adolescencia, la etapa más delicada de la formación, el paso de la infancia a la edad adulta, los padres están llamados a seguir con vigilancia el camino de sus propios hijos, animándolos sin desfallecer.

Los hijos, al crecer, entran en un periodo particularmente importante, delicado y difícil de su educación. La necesaria conquista de la propia identidad lleva a los adolescentes a una autoafirmación, que con frecuencia va acompañada por la tentación de adoptar una actitud de contestación a la autoridad de los padres, con cierto distanciamiento del ambiente familiar, que hasta entonces había sido casi el único ámbito vital. Precisamente en esta edad se produce el fascinante descubrimiento del otro sexo y se acentúa la influencia de los elementos extra-familiares en la vida del adolescente, sobre toda de los medios de comunicación social, de los grupos de amigos, de la escuela. Todo esto hace más difícil, pero no por esto menos importante, la acción educadora de los padres, confiada ya sobre todo a la fuerza seductora del ejemplo y del influjo discreto de una actitud prudente, que cultive un vínculo profundo con el joven, adecuado en la forma y en el estilo a su edad y a sus características personales.

Dedicándole el tiempo y la atención necesarios, los padres conseguirán ciertamente que el joven experimente cuánto lo quieren de modo fiel, tenaz, respetando su personalidad y libertad, y siempre dispuesto a ayudarlo y acogerlo, sobre todo en los momentos de necesidad. (Juan Pablo II, *Al Pontificio Consejo para la Familia*, 26 de mayo de 1984).

Educación en los valores de la persona, espíritu de sacrificio: Santa María Goretti

No tener miedo de proponer unos ideales altos cuyo alcance solicita a veces unas renunciaciones, unos sufrimientos y el ir contracorriente.

³⁴ Aunque los hijos estén en el Camino, los padres continúan la celebración de las Laudes el domingo por la mañana, también porque en tal contexto los hijos pueden hablar de sus dificultades, de las dudas o problemas para seguir haciendo el Camino, y los pueden ayudar e iluminar.

Conscientes de esto y de las dificultades reales que existen hoy en no pocos países para los jóvenes, especialmente en presencia de factores de degradación social y moral, los padres han de atreverse a pedirles y exigirles más. No pueden contentarse con evitar lo peor - que los hijos no se droguen o no comentan delitos - sino que deberán comprometerse a educarlos en los valores verdaderos de la persona, renovados por las virtudes de la fe, de la esperanza y del amor. La libertad, la responsabilidad, la paternidad y la maternidad, el servicio, el trabajo profesional, la solidaridad, la honradez, el arte, el deporte, el gozo de saberse hijos de Dios y, con esto, hermanos de todos los seres humanos, etc. (S. h. 49)

El Papa, en la pasada fiesta de Santa María Goretti, ofrecía a los jóvenes de hoy un modelo:

Se concluye hoy, 6 de julio, la celebración del centenario de la muerte de santa María Goretti. **¿Qué dice a los jóvenes de hoy** esta muchacha frágil, pero cristianamente madura, con su vida y sobre todo con su muerte heroica?

Marietta - así la llamaban familiarmente - recuerda a la juventud del tercer milenio que la verdadera felicidad exige entereza y espíritu de sacrificio, rechazo de cualquier componenda con el mal y disposición a pagar personalmente, incluso con la muerte, la fidelidad a Dios y a los mandamientos.

¡Qué actual es este mensaje! Hoy se exaltan a menudo el placer, el egoísmo o incluso la inmoralidad, en nombre de falsos ideales de libertad y de felicidad. Es necesario reafirmar con claridad que se debe defender la pureza del corazón y del cuerpo, porque la castidad "custodia" el amor auténtico (Joan Pablo II, *Angelus*, 6 de julio de 2003).

Respetar las crisis del hijo

En la etapa que va de la adolescencia a la edad adulta, lo normal es que los hijos pasen por períodos de crisis. Es en esta etapa que el joven está llamado a hacer suya la fe recibida a través de los padres, y en este hacer suya la fe siempre hay un proceso de lucha, lo mismo que nos pasó a nosotros. También los hijos están llamados a experimentar la lucha de Dios con Jacob, para hacer de ellos Israel, para que reconociendo y aceptando su debilidad vivan apoyados en Dios, se conviertan en Israel, "fuerte con Dios".

En los momentos de dificultad con algunos hijos los padres están llamados a vivir a la luz de la fe y no de la carne.

En ciertos momentos se tratará de tener paciencia, rezar por el hijo y respetar que tenga unos momentos de crisis, en los que se puede alejar del Camino. Pero, si las bases son buenas, volverá más fortalecido.

No hay formulas para solucionar los casos más difíciles. Cada hijo tiene su personalidad y Dios hace una historia con cada uno en el respeto de la libertad personal. Por eso es importante evitar en las comunidades los juicios sobre los hijos de las otras familias, sobre el modo de educar de otros padres. No existen normas únicas para todos; con cada familia el Señor hace una historia particular, como con cada persona. Ciertamente los padres están llamados a confiar en una asistencia particular del Espíritu Santo, ligada al sacramento del matrimonio, que los asiste y aconseja, en cada caso, con cada hijo.

Ni siquiera en la asunción de sus responsabilidades hay que tener demasiado miedo a equivocarse: puesto que cuando se actúa con recta intención, buscando el bien de los hijos, el Señor sabe sacar el bien también de nuestros inevitables errores. Para consuelo de los padres, estas palabras de **San Agustín**, un hijo rebelde que hizo derramar tantas lágrimas a su madre, y por estas lágrimas y súplicas fue salvado:

"Después que vosotros, padres, hayáis hecho todo lo posible para educar a vuestros hijos, si no creen como os esperabais, no os olvidéis nunca que hay Otro que tiene más interés que vosotros en su educación, el que es su verdadero Padre".

El peligro de la apostasía del hijo

Distinto es el caso de algún hijo, - y gracias a Dios se trata de casos muy puntuales, pero siempre posibles - que para afirmar su autonomía respecto a los padres, reniega de la fe.

A lo mejor se declara ateo, y comienza a tener unas actitudes contrarias a la vida cristiana: o metiéndose en la droga, o viviendo una vida libertina, de fornicación o adulterio y, a lo mejor, pretendiendo quedarse en la casa y campar a sus anchas con los horarios, llevando una vida

abiertamente pagana, exigiendo a los padres ser respetado e incluso ser apoyado económicamente.

En estos casos es necesaria una **actitud decidida y firme** por parte de los padres. No de enfado, porque no se trata de eso, sino con serenidad y tranquilamente, pero sobre todo con firmeza, afirmar que la suya es una familia cristiana, y que si el hijo quiere llevar una vida pagana, o respeta las normas de la familia, o bien se marcha de la casa y que haga lo quiera.

Los padres rezarán por él, para que el Señor lo vuelva a traer al recto camino, y como en la casa del hijo pródigo estarán siempre contentos de volver a acogerlo cuando decida llevar una vida cristiana.

Para los judíos a un hijo que apostataba se le consideraba como muerto; la Iglesia, comunidad de comunión, familia de Dios, excomulgaba a quien había tenido un comportamiento contrario a Dios, a los apóstatas, a los adúlteros y a los asesinos, no para su condenación, sino rezando por ellos y esperando y deseando su retorno a la comunión, a la que volvían a ser admitidos después de un tiempo transcurrido en la orden de los penitentes.

PARTE V LA EDUCACIÓN SEXUAL

Es deber de los padres cuidar de la educación sexual y moral de los hijos

Cuidar de manera especial de la educación sexual y moral de los hijos, desde su primera adolescencia, como vimos años atrás. Experiencias negativas en este campo pueden traumatizar al hijo de por vida. Es este un campo en que los padres están llamados a informarse, quizás con el auxilio de algún libro bueno, y siempre a la luz de la revelación.

Los derechos y los deberes de los padres

El Documento del que hemos hablado antes: *Sexualidad humana: verdad y significado*, insiste en el derecho y deber de los padres de otorgar una adecuada educación sexual a sus hijos. Por lo que estamos viendo, desde el Concilio Vaticano II el matrimonio no sólo se presenta como una "vocación" de Dios, así como la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, sino también como una "misión", de la que forma parte además de la generación de los hijos, la misión de educarlos en la fe, que incluye también la educación a la castidad y al descubrimiento de su propia vocación.

El significado del deber de los padres

Este deber de la educación familiar (de los padres) es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor y por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan... Los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos, y en este campo tienen una competencia fundamental: son educadores por ser padres. (S. h. 23).

Este derecho implica una tarea educativa: si de hecho no imparten una adecuada formación en la castidad; los padres abandonan un preciso deber que les compete; y serían culpables también. si tolerasen una formación inmoral o inadecuada impartida a los hijos fuera del hogar (S. h. 44).

Esta tarea encuentra hoy una dificultad particular debido también a la difusión, a través de los medios de comunicación social, de la pornografía, inspirada en criterios comerciales que deforman la sensibilidad de los adolescentes. A este respecto se requiere, por parte de los padres, un doble cuidado: una educación preventiva y crítica de los hijos y una acción de valiente denuncia ante la autoridad. Los padres, individualmente o asociados con otros, tienen el derecho y el deber de promover el bien de sus hijos y de exigir a la autoridad leyes de prevención y represión de la explotación de la sensibilidad de los niños y de los adolescentes (S. h. 45).

El Santo Padre subraya esta misión de los padres delineando la orientación y el objetivo: «Ante una cultura que "banaliza" en gran parte la sexualidad humana, porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta; el servicio educativo de los padres debe basarse en una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona -cuerpo, sentimiento y espíritu- y manifiesta su significado íntimo al llevar a la

persona hacia el don de sí misma en el amor» (S. h. 46).

No podemos olvidar, de todas maneras, que se trata de un derecho-deber, el de educar en la sexualidad, que los padres cristianos en el pasado han percibido y ejercitado poco, posiblemente porque el problema no tenía la gravedad actual, o porque su tarea era en parte sustituida por la fuerza de los modelos sociales dominantes y, además, por la suplencia que en este campo ejercía la Iglesia y la escuela católica. No es fácil para los padres asumir este compromiso educativo, porque hoy resulta complejo, superior a las posibilidades de las familias, y porque en la mayoría de los casos no existe la experiencia de cuanto con ellos hicieron sus padres (S. h. 47).

En tal contexto es necesario que los padres, remitiéndose a la enseñanza de la Iglesia, y con su apoyo, **reivindiquen su propia tarea** y, asociándose donde sea necesario o conveniente, ejerzan una acción educativa fundada en los valores de la persona y del amor cristiano, tomando una posición clara que supere el utilitarismo ético. Para que la educación corresponda a las exigencias objetivas del verdadero amor, los padres han de ejercitarla con responsabilidad autónoma. (S. h. 24).

Importancia decisiva del clima afectivo que reina en la familia

Las ciencias psicológicas y pedagógicas, con sus más recientes conquistas, y la experiencia concuerdan con destacar la importancia decisiva en orden a una armoniosa y válida educación sexual, del clima afectivo que reina en la familia, especialmente en los primeros años de la infancia y de la adolescencia y tal vez también en la fase prenatal, períodos en los cuales se instaran los dinamismos emocionales y profundos de los adolescentes. Se evidencia la importancia del equilibrio, de la aceptación y de la comprensión a nivel de la pareja. Se subraya además, el valor de la serenidad del encuentro relacional entre los esposos, de su presencia positiva - sea del padre sea de la madre - en los años importantes para el proceso de identificación, y de la relación de sereno afecto hacia los niños (S. h. 50).

El tiempo para estar con los hijos y dialogar con ellos

Ciertas graves carencias o desequilibrios que existen entre los padres (por ejemplo, la ausencia de la vida familiar de uno o de ambos padres, el desinterés educativo o la severidad excesiva), son factores capaces de causar en los niños traumas emocionales y afectivos que pueden entorpecer gravemente su adolescencia y a veces marcarlos para toda la vida. Es necesario que los padres encuentren el tiempo para estar con los hijos y dialogar con ellos. Los hijos, don y deber, son la tarea más importante, si bien aparentemente no siempre muy rentable; lo son más que el trabajo, más que el descanso, más que la posición social. En tales conversaciones - y de modo creciente con el pasar de los años - es necesario saberlos escuchar con atención, esforzarse por comprenderlos, saber reconocer la parte de verdad que puede haber en algunas formas de rebelión (S. h. 51).

La familia es la primera y fundamental escuela de socialidad

La familia cristiana puede ofrecer una atmósfera impregnada del amor a Dios que hace posible el auténtico don recíproco. Los niños que lo perciben están más dispuestos a vivir según las verdades morales practicadas por sus padres. Tendrán confianza en ellos y aprenderán aquel amor - nada mueve tanto a amar cuanto el saberse amados - que vence el miedo. Así el vínculo recíproco, que los hijos descubren en sus padres, será una protección segura de su serenidad afectiva. Tal vínculo afina la inteligencia, la voluntad y las emociones, rechazando o todo cuanto pueda degradar o envilecer el don de una sexualidad humana que, en una familia en la cual reina el amor, se entiende siempre como parte de la llamada a la entrega de sí en el amor a Dios y a los demás: "La familia es la primera y fundamental escuela de sociabilidad; como comunidad de amor, encuentra en el don de sí misma la ley que la rige y hace crecer. El don de sí, que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre hermanos y hermanas, y entre las diversas generaciones que conviven en la familia. La comunión y la participación vivida cotidianamente en la casa, en los momentos de alegría y de dificultad, representa la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa, responsable y fecunda de los hijos en el horizonte más amplio de la sociedad» (S. h. 52).

En definitiva, **la educación en el autentico amor** que no es tal si no se convierte en amor de benevolencia, implica la acogida de la persona amada, considerar s su bien como propio y, por tanto, instaurar oportunas relaciones con los demás. Es necesario enseñar al niño, al adolescente y al joven a establecer las oportunas relaciones con Dios, con sus padres, con sus hermanos y hermanas, con sus compañeros del mismo o diverso sexo, con los adultos (S. h. 53).

Educar el pudor y la modestia

Aunque no esté de moda y va contracorriente, los padres están llamados a inculcar en los hijos, desde pequeños, el respeto hacia si mismos, el pudor y, en la adolescencia, la virginidad.

La pureza exige el *pudor*. Este es parte integrante de la templanza. El pudor preserva la intimidad de la persona.

Designa el rechazo, a mostrar lo que debe permanecer velado. Está ordenado a la castidad, cuya delicadeza proclama. Ordena las miradas y los gestos en conformidad con la dignidad de las personas y con la relación que existe entre ellas (CEC 2521).

Lo que se llama permisividad de las costumbre se busca en una concepción errónea de la libertad humana; para llegar a su madurez, esta necesita dejarse educar previamente por la ley moral. (C EC 2526).

La práctica del pudor y de la modestia, al hablar, obrar y vestir, es muy importante para crear raen clima adecuado para la maduración de la castidad; y por eso han de estar hondamente arraigados en el respeto del propio cuerpo y de la dignidad de los demás. Como se ha indicado, los padres deben velar para que ciertas modas y comportamientos amorales no violen la integridad del hogar, particularmente a través de un uso desordenado de los medios de comunicación.

Particularmente, en relación al cosas de la televisión, el Santo Padre ha especificado: «El modo de vivir -especialmente en las naciones mas industrializadas - lleva con frecuencia a las familias a descargar sus responsabilidades educativas; encontrando en la facilidad para la evasión (a través especialmente de la televisión y de ciertas publicaciones) la manera de tener ocupados a los niños y los jóvenes. Nadie niega que existe paría ello» cierta justificación, dado que muy frecuentemente faltan estructuras e infraestructuras suficientes para potenciar y valorizar el tiempo libre de los jóvenes y orientar sus energías (S. h. 56).

Los padres modelo para sus hijos

El buen ejemplo y el liderazgo de los padres es esencial para reforzar la formación de los jóvenes en la castidad. La madre que estima la vocación materna y su papel en la casa, ayuda muchísimo a desarrollar, en sus hijas, las cualidades de la feminidad y de la maternidad y pone ante los hijos varones un claro ejemplo de mujer recia y noble. El padre que inspira su conducta en un estilo de dignidad varonil, sin machismos, será un modelo atrayente para sus hijos e inspirará respeto, admiración y seguridad en las hijas (S. h. 59).

Familia numerosa

Nadie puede ignorar que el primer ejemplo y la mayor ayuda que los padres dan a sus hijos es su generosidad en acoger la vida, sin olvidar que así les ayudan a tener un estilo más sencillo de vida y, además, «que es menor mal negar a los propios hijos ciertas comodidades y ventajas materiales que privarlos de la presencia de hermanos y hermanas que podrían ayudarles a desarrollar su humanidad y a comprobar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad» (S. h. 61).

Educación sexual

Respecto a la educación en la sexualidad, **no existen unas normas generales**, ni recetas universales, sino "orientaciones" que la Iglesia dona a la luz de la fe. Es tarea de los padres **discernir como y cuando**. En este cometido tan delicado los padres cuentan con la gracia de estado, con la asistencia del Espíritu Santo, al que pueden pedir el **don de consejo**. Quizás más hoy que en el pasado los padres descubren su misión y responsabilidad de educadores, de manera casi análoga a la de los catequistas en el Camino Neocatecumenal, y a los formadores de los Seminarios

"Redemptoris Mater". El presente documento insiste en una formación personalizada para cada hijo en los varios niveles del desarrollo, está claro que tal educación se tiene que adecuar al tipo de sociedad en que se vive, según la incidencia de tipos de publicidad y de información sexual que pueden ser más o menos precoces y provocantes. Queda siempre, pues, el deber de los padres de velar sobre cada hijo, sin dar nunca nada por descontado, para intervenir "tempestivamente" en el momento oportuno, en su lugar, dar una formación preventiva.

Seguir a los hijos en las varias fases del desarrollo

Los pasos en el conocimiento

A los padres corresponde especialmente la obligación de dar a conocer a sus hijos los misterios de la vida humana, porque la familia es «el mejor ambiente para cumplir el deber de asegurar una gradual educación de la vida sexual. Cuenta con reservas afectivas capaces de llevar a aceptar, sin traumas, aun las realidades más delicadas e integrarlas armónicamente en una personalidad equilibrada y rica» (S. h. 64).

Cuatro principios sobre la información respecto a la sexualidad

Ya que los padres conocen, comprenden y aman a cada uno de sus hijos en su irrepetibilidad, se encuentran en la mejor posición para decidir el momento oportuno para ir dando las diversas informaciones, según el respectivo crecimiento físico y espiritual.

1 - Todo niño es una persona única e irrepetible y debe recibir una formación personalizada.

Puesto que los padres conocen, comprenden y aman a cada uno de sus hijos en su irrepetibilidad, cuentan con la mejor posición para decidir el momento oportuno de dar las distintas informaciones, según el respectivo crecimiento físico y espiritual.

La experiencia demuestra que este diálogo se realiza mejor cuando el progenitor que comunica las informaciones biológicas, afectivas, morales y espirituales, es del mismo sexo del niño o del joven. *Conscientes* de su papel, de las emociones y de los problemas del propio sexo, las madres tienen una sintonía especial con las hijas y los padres con los hijos. Es necesario respetar ese nexo natural; por esto, el progenitor que se encuentre sólo, deberá comportarse con gran sensibilidad cuando hable con un hijo de sexo diverso, y podrá permitir que los aspectos más íntimos sean comunicados por una persona de confianza del sexo del niño. Para esta colaboración de carácter subsidiario, los padres podrán valerse de educadores expertos y bien formados en el ámbito de la comunidad escolar, parroquial o de las asociaciones católicas (S. h. 67)

2 - La dimensión moral siempre debe formar parte de sus explicaciones.

Los padres podrán poner de relieve que los cristianos están llamados a vivir el don de la sexualidad según el plan de Dios que es Amor, en el contexto del matrimonio o de la virginidad consagrada o también en el celibato. Se ha de insistir en el valor positivo de la castidad y en la capacidad de generar verdadero amor hacia las personas, este es su aspecto moral más radical e importante; "sólo quien sabe ser casto sabrá amar en el matrimonio o en la virginidad (S. h. 68).

3 - La educación en la castidad y las oportunas informaciones sobre la sexualidad deben ofrecerse en el contexto más amplio de la educación en el amor.

En las conversaciones con los hijos, no deben faltar nunca los consejos oportunos para crecer en el amor de Dios y del prójimo y para superar las dificultades. «Disciplina de los sentidos y de la mente, prudencia atenta para evitar las ocasiones de caídas, guarda del pudor, moderación en las diversiones, ocupación sana, recurso frecuente a la oración y a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Los jóvenes, sobre todo, deben esforzarse por fomentar su devoción a la Inmaculada Madre de Dios» (S. h. 71).

4 - Los padres deben dar esta información con extrema delicadeza, pero de forma clara y en el tiempo oportuno.

Saben bien que los hijos deben ser tratados de manera personalizada, de acuerdo con las

condiciones personales de su desarrollo fisiológico y psíquico, teniendo debidamente en cuenta también el ambiente cultural y la experiencia que el adolescente realiza en su vida cotidiana. Para valorarlo que se debe decir a cada uno, es muy importante que los padres pidan ante todo luces al Señor en la oración y hablen entre sí, a fin de que sus palabras no sean ni demasiado explícitas ni demasiado vagas. Dar muchos detalles a los niños es contraproducente, pero retrasar excesivamente las primeras informaciones es imprudente, porque toda persona humana tiene una curiosidad natural al respecto y antes o después se interroga, sobre todo en una cultura dónde se ve demasiado también por la calle (S. h. 75). En general, las primeras informaciones acerca del sexo que se han de dar a un niño pequeño no se refieren a la sexualidad genital, sino al embarazo y el nacimiento de un hermano o de una hermana. La curiosidad natural del niño se estimula, por ejemplo, cuando observa en la madre los signos del embarazo y que está a la espera de un niño. Los padres deben aprovechar esta gozosa experiencia para comunicar algunos hechos sencillos relativos al embarazo, siempre en el marco más profundo de la maravilla de la obra creadora de Dios, que ha dispuesto que la nueva vida por El donada se custodie en el cuerpo de la madre cerca de su corazón (S. h. 76).

Las fases principales del desarrollo del niño

1. Los años de la inocencia

2. La pubertad

Los padres, partiendo de las transformaciones que las hijas y los hijos experimentan en su cuerpo, deben proporcionarles explicaciones más detalladas sobre la sexualidad siempre que - contando con una relación de confianza y amistad - las jóvenes se confíen con su madre y los jóvenes con su padre. Esta relación de confianza y de amistad se debe instaurar desde los primeros años de la vida (S. h. 89).

Ya que durante la pubertad los adolescentes son particularmente sensibles a las influencias emotivas, los padres, a través del diálogo y de su modo de obrar, deben ayudar a sus hijos a resistir a los influjos negativos exteriores que podrían inducirles a subestimar la formación cristiana sobre el amor y sobre la castidad. A veces, especialmente en las sociedades abandonadas a las incitaciones del consumismo, los padres tendrán que cuidar - sin que se note demasiado - las relaciones de sus hijos con adolescentes del otro sexo. Aunque hayan sido aceptadas socialmente, existen costumbres en el modo de hablar y vestir que son moralmente incorrectas y representan una forma de banalizar la sexualidad, reduciéndola a objeto de consumo. Los padres deben enseñar a sus hijos el valor de la modestia cristiana, de la sobriedad en el vestir, de la necesaria independencia respecto a las modas, característica de un hombre o de una mujer con personalidad madura (S. h. 97).

3. La adolescencia en el proyecto de vida

Los padres cristianos deben «formar a los hijos para la vida, de manera que cada uno cumpla en plenitud su cometido, de acuerdo con la vocación recibida de Dios.

Es fundamental que los jóvenes no se encuentren solos a la hora de discernir su vocación personal

Durante siglos, el concepto de vocación se había reservado exclusivamente al sacerdocio y a la vida religiosa. El Concilio Vaticano II, recordando la enseñanza del Señor - «sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5,48) - ha renovado la llamada universal a la santidad: «Esta fuerte invitación a la santidad -escribió poco después Pablo VI - puede considerarse el elemento más característico de todo el magisterio conciliar y, por así decirlo, su última finalidad»; e insiste Juan Pablo II: «El Concilio Vaticano II ha pronunciado palabras altamente luminosas sobre la vocación universal a la santidad. Se puede decir que precisamente esta llamada ha sido la consigna fundamental confiada a todos los hijos e hijas de la Iglesia, por un Concilio convocado para la renovación evangélica de la vida cristiana. Esta consigna no es una simple exhortación moral, sino una insuprímible exigencia del misterio de la Iglesia» (S. h. 100).

Dios llama a la santidad a todos los hombres y para cada uno de ellos tiene proyectos bien precisos: una vocación personal que cada uno debe reconocer, acoger y desarrollar. A todos los cristianos - sacerdotes y laicos, casados o célibes -, se aplican las palabras del Apóstol de Los gentiles: «elegidos de Dios, santos y amados» (Col 3, 12).

Es pues necesario que no falte nunca en la catequesis y en la formación impartida dentro y fuera de la familia, la enseñanza de la Iglesia no sólo sobre el valor eminente de la virginidad y del celibato, sino también sobre el sentido vocacional del matrimonio, que un cristiano nunca debe considerar sólo como una aventura humana: «Gran misterio es éste, lo digo con respecto a Cristo y a la Iglesia», dice san Pablo (Ef 5. 32). Dar a los jóvenes esta firme convicción, trascendental para el bien de la Iglesia y de la humanidad, «depende en gran parte de los padres y de la vida familiar que construyen en su propia casa» (S. h. 101).

Durante este período son muy importantes las amistades. Según las condiciones y los usos sociales del lugar en que se vive, la adolescencia es una época en que los jóvenes gozan de más autonomía en las relaciones con los otros y en los horarios de la vida de familia. Sin privarles de la justa autonomía, los padres han de saber decir «no» a los hijos cuando sea necesario y al mismo tiempo, cultivar el gusto de sus hijos por todo lo que es bello, noble y verdadero. Deben ser también sensibles a la autoestima del adolescente, que puede atravesar una fase de confusión y de menor claridad sobre el sentido de la dignidad personal y sus exigencias (S. h. 107).

A través de los consejos que brotan del amor y de la paciencia, los padres *ayudarán* a los jóvenes a alejarse de un excesivo encerramiento **en** sí mismos y les enseñarán -cuando sea necesario- a caminar en contra de los usos sociales que tienden a sofocar el verdadero amor y el aprecio por las realidades del espíritu (s. h. 108).

4 Hacia la edad adulta

.En el periodo que lleva al noviazgo ya la elección del afecto preferencial que puede conducir a la formación de una familia, el papel de los padres no deberá limitarse a simples prohibiciones y mucho menos a imponer la elección del novio o de la novia; deberán, sobre todo, ayudar a los hijos a discernir aquellas condiciones necesarias para que nazca un vínculo serio, honesto y prometedor, y les apoyarán en el camino de un claro testimonio de coherencia cristiana en la relación con la persona del otro sexo (s. h. 110).

Se deberá evitar la difusa mentalidad según la cual hay que hacer a las hijas todas las recomendaciones en tema de virtud y sobre el valor de la virginidad, mientras no sea necesario a los hijos, como si para ellos todo fuera lícito (S. h. 111).

PARTE VI

EL NOVIAZGO

El noviazgo a la luz de las Escrituras, de la Tradición y del Magisterio

El tiempo del noviazgo es un tiempo de gracia particular para descubrir al marido o a la mujer que Dios estableció desde la eternidad. No somos nosotros los que elegimos, según la atracción o la pasión, sino que es Dios el que tiene un diseño sobre aquellos que llama a formar familias cristianas, para dar a luz personas destinadas a la vida eterna.

A la luz de lo que hasta ahora hemos expuesto sobre la "Teología del cuerpo" y el "Sacramento del Matrimonio" se ve como tiene una importancia fundamental una adecuada preparación a este Sacramento, así como el tiempo de noviazgo.

El Papa Juan Pablo II, refiriéndose a esto, en la Exhortación Apostólica ***Familiaris Consortio***, que

recogía las indicaciones del Sínodo de los obispos, escribía:

En nuestros días es más necesaria que nunca la preparación de los jóvenes al matrimonio y a la vida familiar. En algunos países siguen siendo las familias mismas las que, según antiguas usanzas, transmiten a los jóvenes los valores relativos a la vida matrimonial y familiar mediante una progresiva obra de educación o iniciación. Pero los cambios que han sobrevenido en casi todas las sociedades modernas **exigen** que **no** sólo la familia, sino también la sociedad y la Iglesia se comprometan en el esfuerzo de preparar convenientemente a los jóvenes para las responsabilidades de su futuro. Muchos fenómenos negativos que se lamentan hoy en la vida familiar derivan del hecho de que en las nuevas situaciones, los jóvenes no sólo pierden de vista la justa jerarquía de valores, sino que, al no poseer ya criterios seguros de comportamiento, no saben cómo afrontar y resolver las nuevas dificultades. La experiencia enseña en cambio que los jóvenes bien preparados para la vida familiar, en general van mejor que los demás.

Esto vale más aún para el matrimonio cristiano, cuyo influjo se extiende sobre la santidad de tantos hombres y mujeres. Por esto, la Iglesia debe promover programas mejores y más intensos de preparación al matrimonio, para eliminar lo más posible las dificultades en que se debaten tantos matrimonios, y más allá para favorecer positivamente el nacimiento y maduración de matrimonios logrados.

La preparación al matrimonio ha de ser vista y actuada como un proceso gradual y continuo. En efecto, comporta tres momentos principales: una preparación remota, una próxima y otra in mediata (*Familiaris Consortio*, 66).

El Libro de Tobías: Tobías se casa con Sara

El Papa en **las catequesis sobre la Teología del cuerpo, comenta** el amor matrimonial cantado en el *Cantar de los Cantares* y en el *Libro de Tobías*. En el *Libro de Tobías*, sapiencial y pedagógico, se subraya como el mismo Dios conduce a Tobías al encuentro con Sara conducido por el Ángel, y el Ángel *dirá* a Tobías las condiciones para poder unirse a Sara que mientras tanto se ha convertido en su mujer, sin sucumbir al poder del demonio que había matado a los siete maridos anteriores.

Comentando este texto de la Escritura, que debería servir como guía para todo noviazgo el Papa dice:

Leemos allí que Sara, hija de Ragüel, había sido anteriormente "dada como esposa a siete hombres" (Tb 6,14), pero todos habían muerto antes de unirse con ella, esto había sucedido por obra del espíritu maligno, que en el libro de Tobías lleva el nombre de Asmodeo. También el joven Tobías tenía razones para temer una muerte análoga. Cuando pide a Sari por mujer, Ragüel se la entrega, profiriendo unas palabras significativas: "El Señor del Cielo os guíen a buen fin esta noche, hijo mío, y os dé su gracia y su paz" (Tb 7,11).

Así, el amor de Tobías debía afrontar desde el primer momento la prueba de la vida y de la muerte. Las palabras sobre el amor "fuerte como la muerte", que los esposos del *Cantar de los Cantares* pronuncian mientras queda embelesado su corazón, asumen aquí el carácter de una prueba real. Si el amor se demuestra fuerte como la muerte, esto sucede sobre todo en el sentido de que Tobías, y junto con él Sara, van sin vacilar hacia esta prueba. Pero en esta prueba de la vida y de la muerte vence la vida, porque durante la primera prueba de la noche de bodas, el amor, sostenido por la oración, se revela más fuerte que la muerte.

Esto se realiza a través de la oración, la cual nació... antes que nada por las instrucciones dadas por el arcángel Rafael, que había acompañado a Tobías a lo largo de todo su viaje y está escondido detrás del nombre de Azarías.

Azarías-Rafael da al joven Tobías varios consejos sobre como librarse de la acción del espíritu maligno, de aquel Asmodeo que había provocado la muerte de los siete hombres a los que Sara había sido dada por mujer anteriormente. Finalmente, él mismo torna la iniciativa en este asunto (cf. Tb 6, 17; 8,3). Encomienda a Tobías y a Sara sobre todo la

oración.

Cuando los padres salieron y cerraron la puerta de la habitación, Tobías se levantó de la cama y llamó a Sara a la oración en común, según las recomendaciones de Rafael-Azarías: "Levántate, hermana, y oremos y pidamos a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos salve" (Tb 8,4).

Nació así la oración que hemos citado al comienzo. Se puede decir que en esta oración está presente la dimensión de la liturgia propia del sacramento, Todo esto, en efecto, se realiza durante la noche nupcial de los novios.

¡Bendito seas tú, Dios de nuestros padres, y bendito sea tu Nombre por todos los siglos de los siglos! Bendígante los cielos, y tu creación entera, por los siglos todos.
Tú creaste a Adán y para él creaste a Eva, su mujer; para sostén y ayuda y para que de arribos proviniera la taza de los hombres.
No es bueno que el hombre se halle solo; hagámosle una ayuda semejante a él.
Yo no tomo a esta mi hermana con deseo impuro, mas con recta intención.
Ten piedad de mí y de ella y podamos llegar juntos a nuestra ancianidad.
Y dijeron a coro: "Amén, amén,

Son conscientes que el mal que los amenaza por parte del demonio los puede golpear como sufrimiento, como muerte, destrucción de la vida de uno de ellos. Pero, para rechazar aquel mal que amenaza con matar el cuerpo, es necesario impedir al espíritu maligno el acceso a las almas, liberarse interiormente de su influjo.

En este dramático momento de la historia de ambos, Tobías y Sara, cuando en la noche nupcial les era debido, como recién casados, hablar recíprocamente con el "lenguaje del cuerpo" transforman ese lenguaje en una sola voz. Ese unísono es la oración. Esta voz, este hablar al unísono permite a ambos cruzar la situación del límite, el estado de amenaza de mal y de muerte, abriéndose totalmente, en la unidad de dos, al Dios vivo.

La oración de Tobías y de Sara se convierte, en cierto modo, en el más profundo modelo de la liturgia cuya palabra es palabra de fuerza. Es palabra de fuerza sacada de las fuentes de la alianza y de la gracia. Es la fuerza que libera del mal, y que purifica. En esta palabra de la liturgia se cumple el signo sacramental del matrimonio construido en la unión del hombre y de la mujer, en base al lenguaje del cuerpo, releído en la verdad integral del ser humano.

Tobías dice: "Yo no tomo a esta mi hermana con deseo impuro, mas con recta intención" (Tb 8,7). De tal manera indica el momento de purificación, al cual tiene que ser sometido el lenguaje del cuerpo, cuando el hombre y la mujer se disponen a expresar con ese lenguaje el signo de la alianza sacramental. En este signo, el matrimonio debe servir a construir la comunión recíproca de las personas, reproduciendo el significado sponsal del cuerpo en su verdad interior. Las palabras de Tobías: no con deseo impuro, tienen que ser releídas en el texto integral o la Biblia y de la Tradición.

Tobías y Sara terminan su oración con las palabras siguientes: "Dígnate tener misericordia de mí y de ella y haznos llegar juntos a la vejez" (Tb 8,7).

Se puede admitir (basándose en el contexto) que ellos tienen ante sus ojos la perspectiva de perseverar en la comunión conyugal hasta el final de sus días, perspectiva que se abre delante de ellos con la prueba de la vida y de la muerte, ya durante la primera noche nupcial. Al mismo tiempo, ven con la mirada de la fe la santidad de esta vocación, en la que -a través de la unidad de los dos, construida sobre la recíproca verdad del lenguaje del cuerpo- deben responder a la llamada de Dios mismo, contenida en el misterio del Principio. Y por eso piden:

"Dígnate tener misericordia de mí y de ella".

Si estas indicaciones podrían parecer casi superfluas que siguen **el Camino Neocatecumenal**,

parece importante que sobre todo los padres **no den nada por descontado** en la preparación de sus hijos al matrimonio, sea respecto a una adecuada preparación como también en la etapa del noviazgo. Para los padres no basta que el hijo o la hija empiece una relación con un chico o chica del camino, ni que frecuente la comunidad. Su misión consiste sobre todo en una verificación ayudando a sus hijos a vivir el tiempo del "noviazgo" como un tiempo "de gracia" para discernir la voluntad de Dios, si aquel chico o chica es efectivamente aquel o aquella elegida por el Señor para llegar a ser su esposa durante toda la vida y madre de sus hijos.

Este cuidado, como hicimos presente en las catequesis de los años pasados, es tarea "prioritaria" de los padres (todos los demás: catequistas, presbíteros... pueden ofrecer ayudas importantes pero siempre ayudas "subsidiarias"); se hace particularmente necesaria también por lo que concierne al fenómeno cada vez más difundido de matrimonios mixtos si no de matrimonio con disparidad de culto. Los criterios pastorales que la Iglesia ofrece en estos casos, se pueden aplicar en modo análogo también a los matrimonios de hijos del camino con chicos o chicas que no están en el camino, o que se profesan ateos o agnósticos.

Relaciones prematrimoniales

Hoy más que nunca es oportuno y urgente que los padres expliquen a sus hijos los motivos por los que la Iglesia, verdadera Madre y Maestra, enseña a no tener relaciones prematrimoniales, sino a llevar adelante el noviazgo en el mutuo respeto para el otro, aprendiendo a dominar sus propios instintos y sus propias pasiones, para madurar juntos un auténtico amor que otorgue una base sólida a su matrimonio,

En la *Familiaris Consortio* se dice al respecto.

La Iglesia por su parte no puede admitir tal tipo de unión por motivos ulteriores y originales derivados de la fe. En efecto, por una parte el don del cuerpo en la relación sexual es el símbolo real de la donación de toda la persona; por lo demás, en la situación actual tal donación no puede realizarse con plena verdad sin el concurso del amor de caridad dado por Cristo. Por otra parte, el matrimonio entre dos bautizados es el símbolo real de la unión de Cristo con la Iglesia, una unión no temporal o "ad experimentum", sino fiel eternamente. Por tanto, entre dos bautizados no puede haber más que un matrimonio indisoluble.

Esta situación no puede ser superada de ordinario, si la persona humana no ha sido educada ya desde la infancia, con la ayuda de la gracia de Cristo y no por temor, a dominar la concupiscencia naciente e instaurar con los demás relaciones de amor genuino. Esto no se consigue sin una verdadera educación en el amor auténtico y en el recto, uso de la sexualidad (*Familiaris Consortio*, 80).

Necesaria preparación del matrimonio en la etapa del noviazgo³⁵

Para que el "Sí" de los esposos sea un acto libre y responsable, y para que la alianza matrimonial tenga fundamentos humanos y cristianos la preparación para el matrimonio es de primera importancia: **el ejemplo y la enseñanza dados por los padres y por las familias** son el camino privilegiado de esta preparación. El papel de los pastores y de la comunidad cristiana como "familia de Dios" es indispensable para la transmisión de los valores humanos y cristianos del matrimonio y de la familia, y esto con mayor razón **en** nuestra época en la que muchos jóvenes conocen la experiencia de hogares rotos que ya no aseguran suficientemente esta iniciación:

Los jóvenes deben ser instruidos adecuada y oportunamente sobre la dignidad, tareas y ejercicio del amor conyugal, sobre todo en el seno de la misma familia, para que, educados en el cultivo de la castidad, puedan pasar, a la edad conveniente, de un noviazgo vivido honestamente al matrimonio (CEC 1632).

A la preparación próxima del matrimonio pertenece de una manera especial la elección de consorte, porque de aquí depende en gran parte la felicidad del futuro matrimonio, ya que un cónyuge puede ser al otro de gran ayuda para llevar la vida conyugal cristianamente, o, por lo

³⁵ En el nuevo "Bendicional" emanado por la Congregación para el Culto y los Sacramentos y por la Conferencia Episcopal Italiana hay un Rito de bendición de los Novios una Celebración de la Palabra con Oraciones, que puede ser presidida por uno de los padres de los novios o por un Presbítero si lo hubiese. (Cap. XVII Bendición de los Novios)

contrario, crearle serios peligros y dificultades. Para que no padezcan, pues, por toda la vida, las consecuencias de una imprudente elección, deliberen seriamente los que desean casarse, antes de elegir la persona con la que han de convivir para siempre, y en esta deliberación tengan presente las consecuencias que se derivan del matrimonio, en orden, en primer lugar, a la verdadera religión de Cristo, y además en orden a si mismo, al otro cónyuge, a la futura prole y a la sociedad humana y civil. Imploren con asiduidad el auxilio divino, para que elijan según la prudencia cristiana, no llevados por el ímpetu ciego y sin freno de la pasión, ni solamente por razones de lucro o por otro motivo menos noble, sino guiados por un amor recto y verdadero y por un afecto leal hacia el futuro cónyuge, buscando además en el matrimonio aquellos fines para los cuales Dios lo ha instituido. No dejen, en fin, de pedir para dicha elección el prudente y tan estimable consejo de sus padres, a fin de precaver, con el auxilio del conocimiento mas maduro y de la experiencia que ellos tienen en las cosas humanas, toda equivocación perniciosa, y para conseguir también más copiosa la bendición divina prometida a los que guardan el cuarto mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre (que es el primer mandamiento que va acompañado con recompensa) para que te vaya bien y tengas larga vida sobre la tierra" (Pío XI, *Casti Connubii*).